

CORONAVIRUS

CRISIS Y

CONFINAMIENTO

SANTIAGO LÓPEZ PETIT ••••• CARBURE
GIANFRANCO SANGUINETTI • MIGUEL AMORÓS
PROLETARIOS INTERNACIONALISTAS •••••
VAMOS HACIA LA VIDA •• JACQUES CAMATTE
•••••••••••••••• ALBA CAMPOS LIZCANO
LA OVEJA NEGRA •••••••• LA CALDERA



**CORONAVIRUS, CRISIS
Y CONFINAMIENTO**

Lazo Ediciones

Coronavirus, crisis y confinamiento

1ra ed., Rosario, Lazo Negro, 2020

110 p., 206 × 146 mm

ISBN 978-987-46966-9-4

Primera edición: agosto de 2020

Lazo Negro Ediciones

Rosario, Argentina

lazo.ediciones@riseup.net – www.lazoediciones.blogspot.com

**CORONAVIRUS, CRISIS
Y CONFINAMIENTO**



PRÓLOGO

Desde la declaración de la pandemia del coronavirus y la instauración del confinamiento a nivel mundial, han circulado decenas y decenas de artículos de análisis y reflexión. Para esta compilación hemos seleccionado tan solo un puñado de textos con un denominador común: no se limitan a explicar la realidad, sino que buscan transformarla. Por lo tanto, no se trata de una sopa de intelectuales a sueldo, lo cual no es poco como punto de partida. Si bien hemos considerado diversos artículos y panfletos de relevancia, pensamos que los que componen esta edición dejan planteados los aspectos centrales que atañen a este momento que vivimos en tantas regiones del globo. Sobre el mes de marzo de 2020, desde Lazo Ediciones, publicamos el artículo *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China* del grupo Chuang, que luego reeditamos hacia el mes de mayo con la inclusión como anexo del nro. 69 de nuestro boletín *La Oveja Negra* titulado *Coronavirus y cuestión social*. La presente compilación se trata de un nuevo esfuerzo por comprender y enfrentar la situación actual.

Los textos que conforman este libro abordan diferentes aristas en torno a lo vivido durante estos largos meses, pero no para buscar argumentos unicusales en torno al virus y la declaración de la pandemia. En los tiempos que corren es común echar por

la borda ciertas críticas, sencillamente por no poder explicarlo todo, amalgamándolas con el “liberalismo” o la conspiranoia, y recurriendo a las polarizaciones de moda como economía-vida, donde el progresismo y la ciencia se presentan como salvadores. Solo al margen de la agenda del orden, con una perspectiva radical sobre el significado de la salud y la defensa de la vida, la crisis y la reestructuración del trabajo, la lucha y el control social, los discursos médicos y científicos, así como las implicancias a nivel subjetivo del contexto actual, es que podremos ir construyendo una visión de conjunto y responder a las necesidades materiales que nos impone este particular momento.

La represión estatal ha sido uno de los temas comúnmente ignorados. El control social y el disciplinamiento, nutridos de innumerables abusos policiales, del encierro y prohibiciones de circulación y reunión, han buscado maniatar al proletariado en relación a sus medios de vida y métodos de lucha más elementales. Al mismo tiempo, las tecnologías de control, el miedo, y la amplia participación civil en la delación y persecución, tomaron un impulso escalofriante. Pretender que la declaración de la pandemia sea una respuesta a la lucha proletaria es desconocer las actuales limitaciones de nuestra clase, sin embargo, no podemos dejar de destacar la utilidad que la misma ha tenido en este sentido. Desde estas tierras donde la pacificación social reina desde hace décadas, creemos necesario remarcar que la represión no es solo un plan de contingencia frente al desborde social, sino fundamentalmente el mantenimiento de su continua contención, ya sea con violencia física, institucionalidad, temor o migajas. Si de imponernos un ajuste se trata, mejor si nos quedamos en casa.

Pero no todo fue sumisión. Desde el inicio del confinamiento, y a lo largo y ancho del mundo, se desataron inevitablemente situaciones de conflicto en diferentes barrios, lugares de trabajo y cárceles. En varios países, desde el Líbano a los Estados Unidos, tales conflictos dinamitaron numerosas expresiones de revuelta,

poniendo de manifiesto que el virus pierde relevancia cuando se generaliza y contagia la lucha por nuestras necesidades.

Al escribir estas líneas no partimos de una visión local sino internacional del contexto, perspectiva compartida con los autores y grupos aquí publicados. En este sentido, cabe resaltar que cuando hablamos de confinamiento no nos referimos únicamente a aquellos Estados donde se siguieron las recomendaciones “sanitarias” de la Organización Mundial de la Salud, sino que abordamos las diversas formas y discursos bajo los que se impusieron el aislamiento, el terror y el ajuste. Por lo tanto, incluimos también a aquellos Estados cuyos mandatarios han sostenido un fuerte discurso “anti-cuarentena”, minimizando la gravedad del virus, pero que no se han privado por ello de reprimir y aplicar similares medidas económicas que sus opositores, con grandes niveles de endeudamiento y emisión monetaria, salvataje de grandes empresas, desregulación laboral y subsidios miserables para el proletariado. Si analizamos la “crisis del coronavirus” en su totalidad y sus diversas implicancias, observamos que aquellas expresiones que se han presentado como antagónicas en cuanto al modo de gestión, en realidad funcionan de forma complementaria, para instalar el pánico y desviar toda discusión que pretenda ir más allá del COVID-19. Mientras los niveles de propagación del virus son notablemente diferentes en las distintas regiones del planeta, la represión, los despidos, las transformaciones en el trabajo y el crecimiento brutal de la miseria constituyen una realidad global. Claro que no se trata de un proceso homogéneo, y la competencia entre facciones burguesas —como naturaleza interna de la dinámica capitalista— no debe comprenderse como algo meramente discursivo que sirve para confundirnos. La oposición existe y se acrecienta en momentos turbulentos como el actual, con la reconfiguración de diversos mercados, sectores que crecen y otros que ven caer sus ganancias, donde todos buscan sacar la mayor tajada posible. Esta oposición al interior del Capital es la que ha

motorizado históricamente sus transformaciones y avances sobre el proletariado.

La proliferación de diversos virus ligada al modo de producción capitalista es una problemática que tratamos en profundidad desde el artículo del grupo Chuang mencionado anteriormente. Inclusive, varios textos de la presente compilación realizan otros aportes al respecto. Pero al mismo tiempo, nos vemos en la necesidad de hacer algunas salvedades sobre la centralidad que se ha dado a este tema en diversos ámbitos críticos, dejando muchas veces completamente de lado los mecanismos y medidas que la declaración de la pandemia ha permitido generar e impulsar, y que atacan directamente nuestras condiciones de vida y de lucha. De este modo, se ha abierto incluso la puerta a la justificación y el apoyo “crítico” del accionar estatal, señalando en muchos casos únicamente sus “excesos”. Se ha puesto tanto el eje en el capitalismo como productor de virus que se ha desviado la mirada acerca cómo este virus ha servido como un gran productor de medidas. Hablemos claro: no es lo mismo decir que un virus provocó medidas sanitarias, económicas y represivas, que decir que un virus es utilizado para tomar medidas económicas y represivas, bajo un amparo sanitario. El primer postulado ciertamente permite evidenciar la incapacidad del Estado y el Capital para hacer frente a una nocividad que su producción misma provoca, y sobre la que había ya unas cuantas previsiones. Sin embargo, esta lectura de la realidad ubica al virus, y a los motivos de su surgimiento y expansión, como centro causal de los sucesos que estamos viviendo. Pareciera que existe un resquemor a indagar o criticar ciertas decisiones que la burguesía y los Estados llevan adelante actualmente, resultando más sencilla la crítica en bloque a la producción capitalista. Quizás uno de los motivos sea al auge de las teorías conspirativas en el marco del coronavirus, que tanto contribuyen a sembrar la confusión, incluso reforzando, por oposición, la confianza en las instituciones y los especialistas, así como también en la libre circulación de información. A la vez que

combatimos abiertamente dichas explicaciones que nada explican, tratamos de analizar cómo se articulan las medidas tomadas con las necesidades de la economía en su conjunto, tomando nota de que, a lo largo de la historia de su existencia, el Capital ha hecho de circunstancias excepcionales, excepciones para sí mismo.

Lo novedoso en esta crisis que comienza está en su alegato, el discurso de justificación instalado, así como en la forma en que se ha desencadenado. Pero claramente no ocurre lo mismo con sus consecuencias sociales y efectos sobre la dinámica de valorización capitalista. En este sentido, una crisis significa un sacrificio presente con perspectivas en un crecimiento futuro: muerte y miseria proletaria, destrucción de mercancías y capital fijo, reestructuración de determinados sectores de la producción. Las guerras en el capitalismo han significado un claro ejemplo de este proceso, y por ello no asombra la retórica militar que hemos tenido que soportar en torno al coronavirus. Una vez más, diga lo que se diga, las batallas se libran contra las necesidades del proletariado y en defensa de la economía. En las últimas décadas, hemos asistido a diversas crisis de una profundidad, extensión y gravedad relativamente menores a otras del pasado, pero que a la vez no han permitido al Capital ir más allá de un sostenido aunque débil crecimiento. Según ciertos economistas, los índices pre-coronavirus permitían hablar de estancamiento, pero altamente improbable parecía el vaticinio de una crisis inminente. Sin embargo, la llegada de la pandemia parece haber precipitado todos los pronósticos. Nos preguntamos entonces: ¿el virus cataliza la crisis, o el virus vino a justificar una crisis de tales dimensiones de la que nadie se atrevía a asumir la responsabilidad? ¿Se está tratando de mitigar una enfermedad para que el sistema sanitario no colapse, o se busca fortalecer la salud del sistema capitalista, imponiendo una sanación más profunda y duradera a sus crisis recurrentes?

En momentos como este resuenan propuestas y consignas como aquella de “que la crisis la paguen los capitalistas”, que considera-

mos necesario criticar si verdaderamente lo que se pretende es una transformación social. La instalación de fórmulas simplificadas, así como la circulación masiva de información —por su carácter apabullante y contradictorio— también contribuyen al control social. Desviar la atención y aturdir la comprensión, marea y atemoriza nuestro humano entendimiento, ya sea paralizando las acciones, o reconduciéndolas hacia estados de impotencia. Por eso, con esta publicación intentamos enfocar las problemáticas centrales desde una perspectiva proletaria, remarcando las certezas sobre los cambios acaecidos, a la par que descifrando los discursos e intentando vislumbrar los alcances del accionar de la maquinaria burguesa. Mientras haya capitalismo existirán crisis por las que pagaremos nosotros. Es más oportuno entonces señalar las contradicciones materiales de este sistema para orientar la lucha, para enfrentar al capitalismo y sus crisis con los pies en la tierra, y no desde la superficialidad y un idealismo impotente. Eventualmente los efectos del virus mermarán, pero no así los mecanismos de disciplinamiento que los Estados han sabido fortalecer, ni mucho menos las consecuencias de una crisis que recién comienza y sobre la que aún es difícil tomar dimensión. La pregunta no es tanto qué hacer para cuidarnos del virus, sino qué hacer para cuidarnos de esta forma de organización social que es el capitalismo, y qué hacer para terminar con ella.

Rosario, 20 de agosto de 2020
Lazo Ediciones

EL CORONAVIRUS COMO DECLARACIÓN DE GUERRA

Santiago López Petit

19 de marzo de 2020. Barcelona

Por la mañana me lavo las manos a conciencia. Así consigo olvidar los ojos arrancados por la policía en Chile, Francia o Irak. Antes de comer, me vuelvo a lavar las manos con un buen desinfectante para olvidar a los migrantes amontonados en Lesbos. Y, por la noche, me lavo nuevamente las manos para olvidar que, en Yemen, cada diez minutos, muere un niño a causa de los bombardeos y del hambre. Así puedo conciliar el sueño. Lo que sucede es que no recuerdo por qué me lavo las manos tan a menudo ni cuándo empecé a hacerlo. La radio y la televisión insisten en que se trata de una medida de autoprotección. Protegiéndome a mí mismo, protejo a los demás. Por la ventana entra el silencio de la calle desierta. Todo aquello que parecía imposible e inimaginable sucede en estos momentos. Escuelas cerradas, prohibición de salir de casa sin razón justificada, países enteros aislados. La vida cotidiana ha volado por los aires y ya solo queda el tiempo de la espera. Fue bonito oír ayer por la noche los aplausos que la gente dedicaba al personal sanitario desde sus balcones.

Permanecemos encerrados en el interior de una gran ficción con el objetivo de salvarnos la vida. Se llama movilización total y, paradójicamente, su forma extrema es el confinamiento. «La mayor contribución que podemos hacer es esta: no se reúnan, no provoquen caos», afirmaba un importante dirigente del Partido Comunista Chino. Y un *mosso*¹ que vigilaba ayer Igualada añadía: «Recuerde que, si entra en la ciudad, ya no podrá volver a salir», mientras le comentaba a un compañero: «el miedo consigue lo que no consigue nadie más». Pero la gente muere, ¿verdad? Sí, claro. Sucede, sin embargo, que la naturalización actual de la muerte cancela el pensamiento crítico. Algunos ilusos hasta creen en ese nosotros invocado por el mismo poder que declara el estado de alarma: “Este virus lo pararemos juntos”. Pero solamente van a trabajar y se exponen en el metro aquellos que necesitan el dinero imperiosamente.

Cada sociedad tiene sus propias enfermedades, y dichas enfermedades dicen la verdad acerca de esta sociedad. Se conoce demasiado bien la interrelación entre la agroindustria capitalista y la etiología de las epidemias recientes: el capitalismo desbocado produce el virus que él mismo reutiliza más tarde para controlarnos. Los efectos colaterales (despolitización, reestructuraciones, despidos, muertes, etc.) son esenciales para imponer un estado de excepción normalizado. El capitalismo es asesino, y esta afirmación no es consecuencia de ninguna afirmación conspiranoica. Se trata simplemente de su lógica de funcionamiento. Drones y controles policiales en las calles. El lenguaje militarizado recuerda el de los manuales de la contrainsurgencia: «En la guerra moderna, el enemigo es difícil de definir. El límite entre amigos y enemigos se halla en el interior mismo de la nación, en una misma ciudad, y en ocasiones dentro de la misma familia» (Biblioteca del Ejército de Colombia, Bogotá, 1963). Recuerden: la mejor vacuna es uno

1 Nota de la Edición: Policía autonómica de Cataluña.

mismo. Esta coincidencia no es extraña, ya que la movilización total es sobre todo una guerra, y la mejor guerra —porque permanece invisible— es aquella que se libra en nombre de la vida. He aquí el engaño.

Si la movilización se despliega como una guerra contra la población es porque su único objetivo consiste en salvar el algoritmo de la vida, lo cual, por descontado, nada tiene que ver con nuestras vidas personales e irreductibles, que bien poco importan. La “mano invisible” del mercado ponía cada cosa en su sitio: asignaba recursos, determinaba precios y beneficios. Humillaba. Ahora es la Vida, pero la Vida entendida como un algoritmo formado por secuencias ordenadas de pasos lógicos, la que se encarga de organizar la sociedad. Las habilidades necesarias para trabajar, aprender y ser un buen ciudadano se han unificado. Éste es el auténtico confinamiento en que estamos reclusos. Somos terminales del algoritmo de la Vida que organiza el mundo. Este confinamiento hace factible el Gran Confinamiento de las poblaciones que ya tiene lugar en China, Italia, etc. y que, poco a poco, se convertirá en una práctica habitual a causa de una naturaleza incontrolable. El Gobierno se reestataliza y la decisión política regresa a un primer plano. El neoliberalismo se pone descaradamente el vestido del Estado de guerra. El capital tiene miedo. La incerteza y la inseguridad impugnan la necesidad del mismo Estado. La vida oscura y paroxística, aquello incalculable en su ambivalencia, escapa al algoritmo.

CRISIS SANITARIA, CRISIS ECONÓMICA Y CRISIS SOCIAL SON UNA ÚNICA Y MISMA COSA

Carbure

30 de marzo de 2020. Francia

1. Si la crisis sanitaria no ha hecho más que comenzar, más temible aún es la llamada crisis “económica”, que no se distingue de ella en nada: la crisis sanitaria es, de manera inmediata, una crisis económica.
2. Crisis económica por la falta de bienes básicos susceptibles de ralentizarla, por la falta de medios materiales y humanos, por la brecha tanto entre clases como entre países ricos y pobres, por los problemas que causa tanto como por los medios puestos en práctica para resolverlos.
3. El despido de masas de trabajadores, la desaceleración en la producción y circulación de mercancías: todo ello nos muestra que el capitalismo se identifica absolutamente con la sociedad, que las llamadas relaciones económicas constituyen la totalidad de la vida social.
4. La circulación del valor no es otra cosa que el conjunto de nuestras interacciones sociales, y ni todo el teletrabajo del mundo puede

reemplazar a la producción, circulación y venta de mercancías por trabajadores encarnados físicamente, y que caen enfermos.

5. La gestión estatal de la crisis subraya hasta qué punto el Estado es un elemento indispensable para el buen funcionamiento del capital: como en 2008, sus capacidades de centralización y planificación pueden sacar en cualquier momento al capitalismo de las “leyes” del mercado y de la competencia.

6. Sin el Estado el capital se hundiría, pero el propio Estado no es más que la objetivación de las relaciones de clase del capital. El proletariado se ve constantemente zarandeado entre los dos: parado un día, votante otras veces, trabajador temporal otro día, préstamos a devolver, subsidios.

7. El Estado racionalizará durante un tiempo —en función de razones comunes al Estado y al capital— la actividad económica para preservar esa misma actividad. “Nada será igual que antes” significa: “Todo será parecido, pero peor”.

8. Planificará e inyectará liquidez, sin que la izquierda se pregunte qué relación guarda esa liquidez con la famosa “economía real”, si poner en marcha la máquina de imprimir billetes es una solución, ni cuál es la diferencia entre un banco central y un banco a secas.

9. El dinero puede volverse mágico durante un tiempo, y cuando se trata de salvar al capital, se blande el fetiche absoluto: el interés general, la comunidad, incluso la humanidad. La “humanidad” es el beso de la muerte de la burguesía.

10. Pero no hay que olvidar que, como manda la teoría keynesiana, este hacerse cargo por parte del Estado no pretende durar para siempre; los Estados no se han convertido repentinamente al socia-

lismo sino en la medida en que el “socialismo” es una modalidad de la explotación.

11. Las nacionalizaciones son una entre varias formas de absorber los déficits de grupos privados mediante la actividad económica de conjunto, bajo la tutela del Estado. Privado o público, en tiempos de optimismo o con la garantía estatal, el capital tiene que fluir.

12. Conocido es el dicho: “Socializar las pérdidas, privatizar las ganancias”. Pero en este caso, “socializar” simplemente significa que un segmento de la burguesía acude a socorrer a otro, y que el dinero adelantado está respaldado —como siempre— por la promesa de futuros beneficios.

13. No hay ninguna contradicción entre lo que está sucediendo ahora y el retorno a las leyes “normales” del mercado y la competencia; las “leyes” económicas volverán a aplicarse y las deudas tendrán que pagarse, ya sabemos cómo y por quién.

14. Pagaremos esta crisis, porque como crisis social, también es nuestra. Ya hemos empezado a pagar.

15. La crisis económica no seguirá a la crisis sanitaria; ya ha comenzado y no terminará con el fin de la pandemia, como tampoco lo harán los disturbios y revueltas que son su consecuencia lógica, y que no han hecho más que comenzar a su vez. Es imposible confinar la miseria.

16. Hacer que esta crisis ya no sea nuestra, sino del capital, es la única forma de salir del círculo infernal de las crisis. La revolución mundial es tan posible como la crisis mundial y, al igual que ella, se presenta bajo el aspecto de una catástrofe.

EL DESPOTISMO OCCIDENTAL

*Gianfranco Sanguinetti*²

1 de abril de 2020. Italia

La conversión de las democracias representativas de Occidente en un despotismo completamente nuevo ha asumido, a causa del virus, la figura jurídica de “fuerza mayor” (en la jurisprudencia la fuerza mayor es, como sabemos, un caso de exoneración de responsabilidad). Y así el nuevo virus es, al mismo tiempo, el catalizador del evento y el elemento de distracción de las masas por medio del miedo.³

Por cuantas hipótesis hubiese planteado desde mi libro *Sobre el terrorismo y el Estado* (1979) sobre cómo se habría producido esta conversión, que considero inevitable, de la democracia formal al despotismo real, debo confesar que no había imaginado que hubiera podido ocurrir con el pretexto de un virus. Sin embargo, los caminos del Señor son verdaderamente infinitos. Y también los de la astucia de la razón hegeliana.

2 Traducción: José Sagasti. Revisado por Lazo Ediciones.

3 Veo que Edward Snowden llega a la misma conclusión en la entrevista publicada el 10 de abril de 2020. [Realizada en el programa *Shelter in Place*, disponible con subtítulos en castellano en *Vice*.]

La única referencia, se puede decir, tan profética como preocupante, es la que encontré en un artículo que Jacques Attali, ex jefe del Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo, escribió en *L'Express* durante la epidemia de 2009: «Si la epidemia se agravase un poco más, lo que es posible, ya que es transmisible por los seres humanos, tendrá consecuencias verdaderamente globales: económicas (los modelos sugieren que esto podría llevar a una pérdida de 3 billones de dólares, o a una caída del 5% del PIB mundial) y políticas (debido a los riesgos de contagio...). Para ello, deberá establecerse una política global, un almacenamiento global y, por lo tanto, una fiscalidad global. De este modo llegaremos prontamente, mucho más rápido de lo que la razón económica por sí sola hubiera permitido, a poner los cimientos de un verdadero gobierno mundial.»⁴

Por lo tanto, la pandemia había ya sido prevista: ¡cuántas simulaciones habrán sido hechas por las principales compañías de seguros! Y por los servicios de protección de los Estados. Hace sólo unos días, el ex Primer Ministro británico Gordon Brown ha insistido sobre la necesidad de un gobierno mundial: «Gordon Brown instó a los líderes mundiales a crear una forma temporal de gobierno mundial para hacer frente a las dos crisis, la médica y la económica, causadas por la pandemia COVID-19».⁵

No hace falta añadir que una oportunidad así puede ser aprovechada o incluso creada, no hace mucha diferencia llegado el caso. Una vez que la intención está ahí, y que la estrategia ha sido elaborada, basta con tener el pretexto, y luego actuar en consecuencia. Ninguno de los Jefes de Estado ha sido tomado por sorpresa, sino al principio, por esta o aquella estupidez. Desde Giuseppe Conte hasta Orban, desde Johnson hasta Trump, etc., todos estos políticos,

4 *Avancer par peur, L'Express*, 6 de mayo de 2009.

5 *Gordon Brown calls for global government to tackle coronavirus, The Guardian*, 26 de marzo de 2020.

por muy burdos que sean, comprendieron rápidamente lo que el virus les permitía hacer con las viejas constituciones, reglas y leyes. El estado de necesidad justifica toda ilegalidad.

Una vez que el terrorismo, del que se estará de acuerdo que se había abusado un poco demasiado, ha agotado la mayor parte de su potencial, tan experimentado en todas partes durante los primeros quince años del nuevo siglo, ha llegado el momento de pasar a la siguiente etapa, como había anunciado, ya en 2011, en mi texto *Du Terrorisme au Despotisme* [Del terrorismo al despotismo].

Por lo demás, el enfoque contrainsurreccional adoptado inmediatamente y en todo lugar por lo que se denomina, de manera bastante inexacta, la “guerra contra el virus” confirma la intención de las operaciones “humanitarias” de esta guerra, que no es contra el virus, sino contra todas las reglas, los derechos, las garantías, las instituciones y las poblaciones del viejo mundo. Me refero al mundo y a las instituciones que se han creado desde la Revolución Francesa, y que ahora están desapareciendo ante nuestros ojos en el transcurso de unos pocos meses, como desapareció, de modo igualmente repentino, la Unión Soviética. La epidemia terminará, pero no así todas las medidas, las posibilidades y las consecuencias que ha desencadenado y que estamos experimentando ahora. Nos encontramos en medio del doloroso parto de un nuevo mundo.

Asistimos, por tanto, a la descomposición y al fin de un mundo y de una civilización: la de la democracia burguesa con sus parlamentos, sus derechos, sus poderes y contrapoderes, a esta altura perfectamente inútiles, porque las leyes y las medidas coercitivas son dictadas por el ejecutivo, sin ser ratificadas por los parlamentos inmediatamente, y donde el poder judicial, así como el de la libre opinión, pierden incluso la apariencia de toda independencia, y por tanto su función de contrapeso.

De este modo, las personas se acostumbran abrupta y traumáticamente (como había establecido Maquiavelo, «el mal debe

hacerse de una sola vez, para que aquellos a quienes se hace no tengan tiempo de saborearlo»): el ciudadano, habiendo ya hecho tiempo desaparecido en beneficio del consumidor, se ve ahora reducido al papel de simple paciente, sobre el que se tiene derecho a la vida y a la muerte, al que se puede administrar cualquier tratamiento, o incluso decidir suprimirlo, en función de su edad (productiva o improductiva), o según cualquier otro criterio decidido arbitrariamente y sin apelación, a discreción del personal sanitario, o de otros. Una vez que ha sido encarcelado en casa, o en el hospital, ¿qué puede hacer contra la coacción, el abuso, la arbitrariedad?

La Constitución es suspendida, por ejemplo en Italia, sin que sea elevada la más mínima objeción, ni siquiera por parte del "garante" de las instituciones, el presidente Mattarella. Los sujetos, convertidos en meras mónadas anónimas y aisladas, ya no tienen ninguna "igualdad" que hacer valer, ni derechos que reclamar. La ley en sí ya no será normativa, sino que deviene discrecional, como la vida y la muerte. Hemos visto que, con el pretexto del coronavirus, en Italia se pueden asesinar inmediata e impunemente 13 o 14 prisioneros desarmados, sin siquiera molestarse en publicar sus nombres, ni sus eventuales crímenes o las circunstancias en las que han sido asesinados, y sin que a nadie le importe nada. Lo hacemos incluso mejor que los alemanes en la prisión de Stammheim. ¡Al menos por nuestros crímenes, deberían admirarnos!

Ya no se discute de nada, excepto de dinero. Y un Estado como Italia se ve reducido a mendigar al siniestro e ilegítimo Eurogrupo el capital necesario para transformar la forma democrática en una despótica. El mismo Eurogrupo que en 2015 quiso ferozmente expropiar todo el patrimonio público griego, incluido el Partenón, y entregarlo a un fondo con sede en Luxemburgo, bajo control alemán: incluso *Der Spiegel* definió entonces los dictados del Eurogrupo como «un catálogo de atrocidades» para mortificar a Grecia, y en el *Telegraph* Ambrose Evans-Pritchard escribió que,

si se hubiese querido datar el fin del proyecto europeo, la fecha hubiera debido ser esa. Bien, ahora está hecho. Queda sólo el euro, y de modo muy provisorio.

El neoliberalismo no se ha ocupado de las viejas luchas de clase, ni siquiera tiene la memoria de ellas, cree que las ha borrado incluso del diccionario. Se cree todavía todopoderoso, lo que no significa que no les tema: ya que sabe bien todo lo que se prepara para infligir a los pueblos. Es evidente que muy pronto la gente pasará hambre; es obvio que los desempleados se amontonarán; es claro que las personas que trabajan en negro (cuatro millones en Italia) no tendrán ayuda alguna. Y los que tienen un trabajo precario, y no tienen nada que perder, comenzarán a luchar y a sabotear. Esto explica por qué la estrategia de respuesta a la pandemia es principalmente una estrategia de contrainsurrección preventiva. Lo veremos claramente en los Estados Unidos. Los campamentos de refugiados de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias se llenarán pronto.

El nuevo despotismo tiene entonces al menos dos razones de peso para imponerse en Occidente: una es para enfrentarse a la subversión interna que provoca y se espera; la otra es la de prepararse para la guerra externa contra el enemigo designado, que es también el despotismo más antiguo de la historia, de quien no hay nada que aprender desde los tiempos del *Libro del señor Shang* (siglo IV a. C.), —libro que todos los estrategas occidentales deberían apresurarse a leer, con suma atención. Si se ha decidido atacar al despotismo chino, es necesario comenzar por demostrarle que se mejor que él en su propio terreno: es decir, más eficiente, menos costoso y más eficaz. En suma, un despotismo superior. Pero esto está por probarse.

Gracias al virus, la fragilidad de nuestro mundo ha salido a la luz. El juego en curso actualmente es infinitamente más peligroso que el virus, y causará también muchas más muertes. Sin embargo, parece que se teme sólo al virus...

Pareciera que la época actual se hubiese propuesto la tarea de contradecir lo que decía Hegel a propósito de la filosofía de la historia: «La historia del mundo es el progreso de la conciencia de la libertad». Pero la libertad misma solo existe en la medida en que lucha con su opuesto —añadía. ¿Dónde está hoy? ¿Mientras en Italia y en Francia la gente denuncia a quien no obedece?

Si bastó un simple microbio para hacer precipitar nuestro mundo en la obediencia al más repugnante de los despotismos, esto significa que nuestro mundo ya estaba tan preparado para este despotismo que un simple microbio ha sido suficiente.

Los historiadores llamarán a la época que está comenzando la época del Despotismo occidental.

EL ESTADO CON MASCARILLA

Miguel Amorós

*Confinado en su casa muy a su pesar,
el 7 de abril de 2020. Barcelona*

La actual crisis ha significado unas cuantas vueltas de tuerca en el control social por parte del Estado. Lo principal en esa materia ya estaba bastante bien implantado porque las condiciones económicas y sociales que hoy imperan así lo exigían; la crisis no ha hecho más que acelerar el proceso. Estamos participando a la fuerza como masa de maniobra en un ensayo general de defensa del orden dominante frente a una amenaza global. El coronavirus 19 ha sido el motivo para el rearme de la dominación, pero igual hubiera servido una catástrofe nuclear, un *impasse* climático, un movimiento migratorio imparable, una revuelta persistente o una burbuja financiera difícil de manejar. No obstante la causa no es lo de menos, y la más verídica es la tendencia mundial a la concentración de capitales, aquello a lo que los dirigentes llaman indistintamente mundialización o progreso. Dicha tendencia halla su correlato en la tendencia a la concentración de poder, así pues, al refuerzo de los aparatos de contención, desinformación y represión estatales. Si el capital es la sustancia de tal huevo, el Estado es la cáscara. Una crisis que ponga en peligro la economía

globalizada, una crisis sistémica como dicen ahora, provoca una reacción defensiva casi automática y pone en marcha mecanismos disciplinarios y punitivos de antemano ya preparados. El capital pasa a segundo plano y entonces es cuando el Estado aparece en toda su plenitud. Las leyes eternas del mercado pueden tomarse unas vacaciones sin que su vigencia quede alterada.

El Estado pretende mostrarse como la tabla salvadora a la que la población debe de agarrarse cuando el mercado se pone a dormir en la madriguera bancaria y bursátil. Mientras se trabaja en el retorno al orden de antes, o sea, como dicen los informáticos, mientras se intenta crear un punto de restauración del sistema, el Estado interpreta el papel de protagonista protector, aunque en la realidad este se asemeje más al de bufón macarra. A pesar de todo, y por más que lo diga, el Estado no interviene en defensa de la población, ni siquiera de las instituciones políticas, sino en defensa de la economía capitalista, y por lo tanto, en defensa del trabajo dependiente y del consumo inducido que caracterizan el modo de vida determinado por aquella. De alguna forma, se protege de una posible crisis social fruto de otra sanitaria, es decir, se defiende de la población. La seguridad que realmente cuenta para él no es la de las personas, sino la del sistema económico, esa a la que suelen referirse como seguridad “nacional”. En consecuencia, la vuelta a la normalidad no será otra cosa que la vuelta al capitalismo: a los bloques colmena y a las segundas residencias, al ruido del tráfico, a la comida industrial, al transporte privado, al turismo de masas, al *panem et circenses*... Las formas extremas de control como el confinamiento y la distancia interindividual terminarán, pero el control continuará. Nada es transitorio: un Estado no se desarma por propia voluntad, ni prescinde gustosamente de las prerrogativas que la crisis le ha otorgado. Simplemente, “hibernará” las menos populares, tal como ha hecho siempre. Tengamos en cuenta que la población no ha sido movilizadada, sino inmovilizadada, por lo que es lógico pensar que el Estado del capital, más en guerra contra ella que contra el

coronavirus, trata de curarse en salud imponiéndole condiciones cada vez más antinaturales de supervivencia.

El enemigo público designado por el sistema es el individuo desobediente, el indisciplinado que hace caso omiso de las órdenes unilaterales de arriba y rechaza el confinamiento, se niega a permanecer en los hospitales y no guarda las distancias. El que no comulga con la versión oficial y no se cree sus cifras. Evidentemente, nadie señalará a los responsables de dejar a los sanitarios y cuidadores sin equipos de protección y a los hospitales sin camas ni unidades de cuidados intensivos suficientes, a los mandamases culpables de la falta de tests de diagnóstico y respiradores, o a los jefes administrativos que se despreocuparon de los ancianos de las residencias. Tampoco apuntará el dedo informativo a expertos desinformadores, a empresarios que especulan con los cierres, a los fondos buitres, a los que se beneficiaron con el desmantelamiento de la sanidad pública, a quienes comercian con la salud o a las multinacionales farmacéuticas... La atención estará siempre dirigida, o mejor teledirigida, a cualquier otro lado, a la interpretación optimista de las estadísticas, al disimulo de las contradicciones, a los mensajes paternalistas gubernamentales, a la incitación sonriente a la docilidad de las figuras mediáticas, al comentario chistoso de las banalidades que circulan por las redes sociales, al papel higiénico, etc. El objetivo es que la crisis sanitaria se compense con un grado mayor de domesticación. Que no se cuestione un ápice la labor de los dirigentes. Que se soporte el mal y que se ignore a los causantes.

La pandemia no tiene nada de natural; es un fenómeno típico de la forma insalubre de vida impuesta por el turbocapitalismo. No es el primero, ni será el último. Las víctimas son menos del virus que de la privatización de la sanidad, la desregulación laboral, el despilfarro de recursos, la polución creciente, la urbanización desbocada, la hipermovilidad, el hacinamiento concentracionario metropolitano y la alimentación industrial, particularmente la que deriva de las macrogranjas, lugares donde los virus encuentran su

inmejorable hogar reproductor. Condiciones todas ellas idóneas para las pandemias. La vida que deriva de un modelo industrializador donde los mercados mandan es aislada de por sí, pulverizada, estabulada, tecnodependiente y propensa a la neurosis, cualidades todas que favorecen la resignación, la sumisión y el ciudadanía “responsable”. Si bien estamos gobernados por inútiles, ineptos e incapaces, el árbol de la estupidez gobernante no ha de impedirnos ver el bosque de la servidumbre ciudadana, la masa impotente dispuesta a someterse incondicionalmente y encerrarse en pos de la seguridad aparente que le promete la autoridad estatal. Esta, en cambio, no suele premiar la fidelidad, sino guardarse de los infieles. Y, para ella, en potencia, infieles lo somos todos.

En cierto modo, la pandemia es una consecuencia del empuje del capitalismo de estado chino en el mercado mundial. La aportación oriental a la política consiste sobre todo en la capacidad de reforzar la autoridad estatal hasta límites insospechados mediante el control absoluto de las personas por la vía de la digitalización total. A esa clase de virtud burocrático-policia podría añadirse la habilidad de la burocracia china en poner la misma pandemia al servicio de la economía. El régimen chino es todo un ejemplo de capitalismo tutelado, autoritario y ultradesarrollista al que se llega tras la militarización de la sociedad. En China la dominación tendrá su futura edad de oro. Siempre hay pusilánimes retardados que lamentarán el retroceso de la “democracia” que el modelo chino conlleva, como si lo que ellos denominan así no fuera otra cosa que la forma política de un periodo obsoleto, el que correspondía a la partidocracia consentida en la que ellos participaban gustosamente hasta ayer. Pues bien, si el parlamentarismo empieza a ser impopular y maloliente para los dirigidos en su mayoría, y por consiguiente, resulta cada vez menos eficaz como herramienta de domesticación política, en gran parte es debido a la preponderancia que han adquirido en los nuevos tiempos el control policial y la censura sobre malabarismo de los partidos. Los gobiernos tienden a utilizar los estados de

alarma como herramienta habitual de gobierno, pues las medidas que implican son las únicas que funcionan correctamente para la dominación en los momentos críticos. Ocultan la debilidad real del Estado, la vitalidad que contiene la sociedad civil y el hecho de que al sistema no le sostiene su fuerza, sino la atomización de sus súbditos descontentos. En una fase política donde el miedo, el chantaje emocional y los *big data* son fundamentales para gobernar, los partidos políticos son mucho menos útiles que los técnicos, los comunicadores, los jueces o la policía.

Lo que más debe de preocuparnos ahora es que la pandemia no solo culmine algunos procesos que vienen de antiguo, como por ejemplo, el de la producción industrial estandarizada de alimentos, el de la medicalización social y el de la regimentación de la vida cotidiana, sino que avance considerablemente en el proceso de la digitalización social. Si la comida basura como dieta mundial, el uso generalizado de remedios farmacológicos y la coerción institucional constituyen los ingredientes básicos del pastel de la cotidianidad posmoderna, la vigilancia digital (la coordinación técnica de las videocámaras, el reconocimiento facial y el rastreo de los teléfonos móviles) viene a ser la guinda. De aquellos polvos, estos lodos. Cuando pase la crisis casi todo será como antes, pero la sensación de fragilidad y desasosiego permanecerá más de lo que la clase dominante desearía. Ese malestar de la conciencia restará credibilidad a los partes de victoria de los ministros y portavoces, pero está por ver si por sí solo puede echarlos de la silla en la que se han aposentado. En caso contrario, o sea, si conservaran su poltrona, el porvenir del género humano seguiría en manos de impostores, pues una sociedad capaz de hacerse cargo de su propio destino no podrá formarse nunca dentro del capitalismo y en el marco de un Estado. La vida de la gente no empezará a caminar por senderos de justicia, autonomía y libertad sin desprenderse del fetichismo de la mercancía, apostatar de la religión estatista y vaciar sus grandes superficies y sus iglesias.

CONTRA LA PANDEMIA DEL CAPITAL ¡REVOLUCIÓN SOCIAL!

Proletarios Internacionalistas
2 de abril de 2020

El capitalismo está instalando el terror y la represión en todo el mundo en una operación sin parangón en la historia de la humanidad. Confinamiento de regiones, ciudades y países enteros, confinamiento masivo de seres humanos que son obligados a permanecer encarcelados en sus propias viviendas, suspensión de los miserables derechos ciudadanos, vigilancia, seguimiento y procesamiento de los movimientos de la población a través de todo tipo de tecnologías (*smartphones*, *big data*, inteligencia artificial...), despidos masivos, aplicación de estados de emergencia, de alarma, de sitio, etc. Por todo el globo vemos extenderse una militarización de las calles para controlar y reprimir todo movimiento no autorizado. También vemos multiplicarse los ojos del Estado por medio de ciudadanos sumisos y atemorizados que vigilan cualquier pequeño incumplimiento o cuestionamiento de los decretos del mismo.⁶

6 Aclaremos que a pesar del estado de emergencia y el confinamiento, declarado en decenas de países en el mundo, el capital sigue manteniendo en funcionamiento los sectores productivos que considera necesarios, obligando a los

Para apuntalar este escenario, los voceros del Estado nos ahogan con datos sobre la expansión de lo que la OMS ha denominado como “Pandemia del COVID-19”. La retransmisión de las cifras de infectados, hospitalizados y muertos, así como de las tasas de mortalidad y de las previsiones de contagio, acompañadas de imágenes de hospitales saturados y caravanas de coches fúnebres haciendo cola en la morgue, se suceden frenéticamente ante nuestros ojos con todo lujo de detalles mientras un constante desfile de políticos, científicos, milicos y periodistas nos introducen en una guerra contra un enemigo externo llamado coronavirus, presentado como el gran mal de la humanidad, como una pandemia que pone en peligro la vida de los seres humanos.

Queremos dejar claro que con esto no tratamos de decir que lo que se denomina COVID-19 no exista o sea una pura creación ideológica del Estado. Lo que tratamos de explicar a lo largo del texto es que la pandemia está siendo utilizada como herramienta contrainsurreccional y de reestructuración del capitalismo, que lo que nos venden por solución es mucho peor que el problema. En este sentido, si bien es evidente la incidencia social de esta pandemia como resultado del despliegue terrorista desarrollado por los Estados, no tenemos elementos sobre los que valorar aún la incidencia directa del COVID-19 a nivel biológico sobre nuestra salud. Los datos que manejamos son los que ofrecen los diversos aparatos del capitalismo mundial (OMS, Estados, organismos científicos...), que evidentemente para nosotros no tienen ninguna fiabilidad pues tal o cual Estado puede inflar o tapar sus estadísticas. Claro que también los proletarios de residencias de ancianos, cárceles, psiquiátricos... denuncian que esos centros se están convirtiendo,

proletarios de esos sectores a ir a trabajar y recluyéndolos en su vivienda en cuanto termina. Incluso en los países de mayor parálisis de producción y circulación, el decreto de “sólo trabajos imprescindibles”, creando la apariencia de que son para nuestras necesidades humanas, es tan ambiguo y flexible justamente para no obstaculizar las necesidades del capital.

más que nunca, en centros de exterminio. Ahora bien, la cuestión fundamental a tener en cuenta es que el capitalismo mundial nunca tomó semejantes medidas pese a la catástrofe generalizada que materializa y se expresa en miles de terrenos (pandemias, enfermedades, hambrunas, catástrofe ecológica...⁷).

Para nosotros no hay nada de humanitario en las medidas contra el coronavirus. El Estado siembra el miedo y la impotencia entre una población atomizada para presentarse a sí mismo como el protector omnipotente de la humanidad. Llama a la unidad de todos para asumir juntos la lucha contra ese enemigo, a realizar los sacrificios necesarios, a colaborar con todo lo que las autoridades dicten, a someterse a las directrices y órdenes de los distintos aparatos del Estado.

Todo este despliegue espectacular crea una cobertura imprescindible. No cuela el cuento de la defensa de la salud. Sabemos que la muerte y catástrofe generalizadas son la esencia de este modo de producción y reproducción, donde la vida humana y el planeta son meros medios para la valorización, y al capital le importa un carajo su bienestar. Aunque las diferentes formas de gestión burguesas diseñan límites para no destruir totalmente el sostén material de la valorización, la depredación de esos medios, su deterioro y destrucción acaban franqueando todo límite, pues esa es la forma natural bajo la que se desarrolla la vida en el capitalismo. La destrucción del planeta y sus habitantes, la muerte imparable, y en crecimiento, de millones de humanos por hambre, por guerras, por pandemias, por la toxicidad, por el trabajo, por

7 No creemos relevante profundizar en este texto en cuestiones relacionadas con el origen concreto del COVID-19. En primer lugar, porque no podemos afirmar nada con claridad al no tener los elementos suficientes para hacerlo, y en segundo, porque lo más importante es comprender que la producción y difusión de las pandemias actuales son un resultado del modo de producción y circulación capitalista. Ver al respecto: *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China* (Lazo Ediciones, 2020) del grupo Chuang y *Las pandemias del Capital* del grupo Barbaria.

inanición, por suicidios y un largo etcétera, nunca han sido un problema a solucionar para el capitalismo, sino daños colaterales o, mejor dicho, su modo específico de desarrollarse.

Las campañas de “solidaridad”, la investigación y el desarrollo científico–médico o alguna que otra medida legislativa, son las formas como el capital aplica las “soluciones” a todas las preocupaciones que generan esos grandes problemas que sufre la humanidad bajo la tiranía del valor. Incluso si utilizamos el mismo criterio restringido y tramposo que utiliza la ciencia para justificar las medidas tomadas hoy de forma generalizada,⁸ es decir, la existencia de un virus que amenaza la salud de la sociedad, sabemos que, en todos y cada uno de los países donde se despliegan esas “medidas de contención del coronavirus”, la existencia, según los propios datos oficiales, de otros virus con una gran incidencia para la salud nunca ha sido motivo de gran preocupación. Eso no quiere decir que el Estado no se vea obligado a intervenir con motivo de alguna catástrofe concreta, como ha hecho en diversas ocasiones, lo que aprovecha siempre para introducir medidas que en otro momento supondrían resistencias y revueltas.

8 Queremos aclarar, aunque no podamos profundizar en este pequeño texto, que no sólo negamos que la curación de una enfermedad sea un acto médico, como el sistema de salud del capital y la medicina “oficial” nos quieren hacer creer, sino que nuestra concepción de lo que es una enfermedad, un virus y, más en general, nuestra concepción de lo que es el cuidado de la salud, están en las antípodas de la ciencia. Desde luego, la ciencia, si está para algo, es para desarrollar las condiciones necesarias para que el capitalismo siga funcionando, siga aniquilando y aplastando todo, saltando obstáculos, sobrepasando límites, etc. Sus distintas articulaciones permiten al capital la adaptación y la fagocitosis.

Esto no quiere decir que avalemos o propongamos un sistema o enfoque “alternativo”. El sistema tecnocientífico condena rápidamente a sus críticos bajo el rótulo de “seudociencia”, pero nuestra crítica del sistema dominante y totalitario de conocimiento bajo la sociedad capitalista también apunta a los fenómenos catalogados de esa forma. Además, estas “terapias alternativas” cada vez actúan más como válvulas de escape y técnicas que complementan a la “medicina oficial”.

Por consiguiente, para nosotros es claro que todas las medidas que el capital está desplegando para “luchar contra la pandemia del coronavirus” no tienen como objeto nuestra salud, nuestro cuidado y bienestar. Cabe preguntarse por qué el capitalismo ha creado este estado de guerra en este caso concreto y, más importante aún, qué hacemos como proletarios y revolucionarios en esta situación.

No tenemos dudas. La guerra contra el coronavirus es una guerra contra el proletariado mundial. Las medidas estatales justificadas por la pandemia del coronavirus son un salto cualitativo decisivo y homogéneo en la contrainsurrección mundial y en las tentativas burguesas por tratar de iniciar un nuevo ciclo de acumulación de capital. Y frente a esa guerra el proletariado sólo tiene dos caminos: o sacrificar su vida en ella o contraponerse a la misma para defender sus necesidades humanas.

Es cierto que vivimos en un sistema social acostumbrado a confinar. A confinar los alimentos, las necesidades básicas, a confinarnos en pisos, en coches, en centros comerciales, en centros de domesticación para los niños, en centros de trabajo, en centros de mayores (geriátricos), en centros de salud, en centros carcelarios, en centros de ocio o vacacionales... y estas medidas dan una vuelta de tuerca más a este sistema de aislamiento y privatización, transformando el mundo en un gran campo de concentración.⁹ Pero no se puede obviar que todo esto sucede precisamente cuando la catástrofe capitalista alcanza nuevas cumbres, cuando el antagonismo entre la vida y el capital llega a niveles todavía más insostenibles que en el pasado. La destrucción de la Tierra, la depredación de sus

9 Claro que ese gran campo de concentración no es igual para todos. No sólo se refleja en aspectos como decíamos en una nota anterior en relación con el trabajo, sino que también el propio confinamiento se vive totalmente diferente. Recordemos la campaña “yo me quedo en casa”, impulsada por medio de videos en los que algunos famosos arengaban desde sus “pequeños jardines” o el interior de sus “modestos palacetes” a quedarse en casa, y que fue mimetizada por miles de ciudadanos desde las cajas de cerillas en las que viven.

recursos, el envenenamiento de todo lo que existe, la agudización de todos los mecanismos de explotación y expoliación del ser humano y todo el medio natural, que son aspectos inherentes a este modo de producción de la especie determinado por la economía, están alcanzado niveles insostenibles para la mera existencia de seres vivos. La propia dinámica de valorización del capital, en la que éste tiene cada vez más dificultades para renovar sus ciclos reproductivos por la creciente desvalorización que le es congénita, está llevando las contradicciones de este sistema social a sus límites. Caminamos hacia una desvalorización sin precedentes. El desplome del capital ficticio, que sostenía con alfileres los ciclos de reproducción capitalistas, se prefigura en el horizonte. La crisis financiera de los últimos años, cuya primera gran explosión se desarrolló en el año 2008, expresa el agotamiento del mecanismo de respiración artificial que mantenía con vida la economía mundial. Hoy, cuando todo el capital se sostiene en base a la reproducción incesante de capital ficticio, de toneladas de deudas y toda clase de inyecciones financieras que permiten que el capital siga succionando la sangre del proletariado mundial, la burguesía comienza a ser consciente que la ficción no puede escapar a la propia lógica sobre la que se ha edificado, no puede desembarazarse de la ley del valor y toda esa gigantesca acumulación de capital se precipita hacia su desmoronamiento.

Claro que, ante todo, no podemos obviar otra cuestión todavía más decisiva. Toda esta “guerra contra el coronavirus” sucede precisamente cuando la catástrofe que la burguesía hacía cargar sobre las espaldas del proletariado proyectaba grandes sacudidas auguradas ya por las oleadas de luchas que confluyeron en el año 2019 y principios de 2020 en decenas de países.¹⁰ El desencadenamiento de un incendio que arrase con todo el orden capitalista

10 Ver nuestro texto *Revolución internacional contra el capitalismo mundial* en proletariosinternacionalistas.org

es un problema que vuelve a estar al orden del día en los círculos de la burguesía y una esperanza que vuelve a los corazones de los proletarios.

De ahí que desde hace años las operaciones contrainsurreccionales se multipliquen por el mundo. Si bien, todo manual contra la insurrección tiene como fundamento destruir la autonomía del proletariado, las formas como se ha materializado a lo largo de la historia han sido múltiples. La guerra imperialista, que no ha dejado de desarrollarse, siempre ha sido el recurso por excelencia para transformar el antagonismo de clases en una pelea entre fracciones burguesas, restableciendo la unidad nacional frente a un enemigo exterior, destruyendo a los irreductibles, dando una vuelta de tuerca más a las condiciones miserables del proletariado—imponiendo sacrificios bélicos y posbélicos— y generando una destrucción, material y humana, lo suficientemente amplia para dinamizar el proceso de reproducción capitalista abriendo una nueva fase de expansión.

La pandemia del coronavirus presenta todas las características propias de la guerra imperialista: el enemigo exterior, la unidad nacional, la economía de guerra, los sacrificios por la patria o el “bien común”, los colaboradores, las muertes, la reestructuración económica, etc.¹¹

Como toda guerra imperialista supone pérdidas generales a corto plazo (aunque ciertos sectores disparen sus beneficios), pero contiene las bases materiales para generar una nueva fase de

11 No sólo nos referimos a las muertes asociadas por los Estados al COVID-19, sino que incluimos las generadas por el Estado con sus medidas. Entre algunos compañeros se discute si caracterizarla también como una guerra química directa contra el proletariado (lo que no implica hablar de premeditación—aunque sepamos que nuestro enemigo ya la usó en el pasado y no ha dejado de desarrollar la investigación en ese campo— sino de su efecto objetivo), en concreto contra los sectores que el capital considera improductivos y que suponen fuertes cargas a las arcas de los Estados y que es precisamente donde está golpeando el coronavirus: ancianos, presos, inmunodeficientes...

acumulación. El proceso de reanimación del moribundo capital, que está aplicándose bajo la cobertura de la guerra al coronavirus y que implica el ataque a las condiciones de vida del proletariado, conlleva el impulso de una nueva fase de acumulación que sólo puede desarrollarse sobre una destrucción de capital de dimensiones y consecuencias inéditas y desconocidas. Claro que en una dinámica donde el capital ficticio representa el eje donde se sustenta la acumulación, la destrucción partirá de ese terreno. La actual paralización parcial y temporal de la producción y circulación de mercancías requiere cantidades insólitas de capital ficticio para mantener el tejido social, además de centralizar gran parte del capital en los sectores militar y sanitario. Sin embargo, esa inundación de ficción para aliviar la parálisis del mercado, que ya contenía una sobreaacumulación insostenible de capital ficticio pero que circulaba en gran parte exclusivamente por los mercados financieros, implica volcar masas enormes de ficción desde esos mercados financieros al intercambio mercantil efectivo, lo que expone todo ese capital a su destrucción por la corrección coercitiva que, más pronto que tarde, realizará el mercado respecto al signo de valor. Es decir, la devaluación de la moneda, la imposición despótica de una ley que la burguesía creía haber burlado, creará una desvalorización sin precedentes que implicará la quiebra generalizada de empresas, de Estados, la cancelación masiva de deudas y, por supuesto, la tentativa burguesa de reestructuración global de todo el capital (centralizándose en nuevas esferas, purgándose otras, consolidando nuevos mecanismos de circulación...), tratando de reemprender un nuevo ciclo de acumulación.

Claro que, sobre todo y ante todo, este contexto sólo puede desarrollarse haciendo tragar al proletariado un sacrificio que le invitará a reventar masivamente, que generalizará en todas partes unas condiciones cada vez más imposibles para la supervivencia. Por otro lado, también le empujará a rebelarse, a defender sus necesidades frente a la catástrofe del capital. Ese es el futuro que

nos reserva a la humanidad el capitalismo mundial: agudización de la catástrofe o revolución.¹²

En ese contexto se comprenden mejor el accionar de todos los Estados, se comprende el confinamiento, la salida del ejército a las calles, el control, la vigilancia de la población, el ajuste de cinturones de todos los proletarios y el anuncio de los Estados de peores sacrificios a venir. El Estado evalúa cómo reacciona el proletariado ante estados de emergencia y consigue replegar momentáneamente protestas y revueltas en desarrollo como en Francia, Irán, Irak, Líbano, Argelia, Hong Kong, Chile, etc. En Chile, antes de que los números oficiales del Estado aporten siquiera una sola muerte, y antes de que se implemente alguna medida sanitaria, el Estado ha declarado el estado de emergencia. De esa forma los Estados utilizan la pandemia para recuperar la paz social en zonas con protestas y revueltas estos últimos años, a la par que despliegan en otras partes un entorno propicio para la represión de las protestas a las medidas de empeoramiento que se preparan, comprobando la capacidad de control social que posee sobre su territorio, dónde se concentran los focos rebeldes, qué aspectos mejorar para asegurar la vigilancia y el dominio del territorio, etc.

A lo largo de la historia del capitalismo, a medida que éste iba imponiendo nuevos ajustes y vueltas de tuerca a la explotación, se fueron sucediendo resistencias más o menos colectivas, revueltas e insurrecciones. Por eso fue sorprendente, en un primer momento, la masiva aceptación del proletariado a las medidas aplicadas por los Estados, facilitada, sin duda, por la situación novedosa en que se encontraba y la fuerza mediática de los aparatos del Estado. Sin embargo, algunos proletarios anuncian por medio de sus primeras contestaciones a todas estas medidas, su rechazo a seguir el sonido de las trompetas del Estado, a someterse al régimen de terror

12 No estamos afirmando que este proceso se desarrolle inmediatamente, pero sí afirmamos que bajo “la pandemia del coronavirus” ese proceso ha iniciado un salto cualitativo hacia su desenvolvimiento.

y a aceptar el empeoramiento de sus condiciones de vida. Poco a poco vemos como los gestos, gritos, movilizaciones y protestas comienzan a reproducirse.

Pese a las difíciles condiciones que impone el Estado a través del confinamiento y el aislamiento, nuestra clase trata de organizar su respuesta al ataque lanzado por el Estado. No sólo se reproducen pequeños actos de desobediencia, que el Estado reprime con multas, detenciones y acusaciones de insolidarios (como los ancianos que se pasean con la barra de pan, los padres que juntan a niños en casa de los que tienen el jardín más grande, los jóvenes que pasean por los bosques con la excusa de buscar leña, los que cuestionan la versión oficial en cuanto a temas de salud, los que avisan dónde hay controles y señalan a los soplones, los que inventan todo tipo de tretas y artimañas... actos todos que expresan nuestra necesidad más humana de romper el encarcelamiento e invitan a romper el aislamiento), sino que también se suceden protestas y enfrentamientos en las calles.

La provincia de Hubei, primer lugar a ser sometido al estado de emergencia, está viviendo protestas y enfrentamientos en diversas ciudades. En Filipinas se desafía el confinamiento realizando manifestaciones que reclaman alimentos y otros productos básicos. En Argelia, los proletarios se niegan a suspender manifestaciones que se encadenan una tras otra desde antes del confinamiento. En India, los trabajadores inmigrantes se enfrentan a la policía. En Italia se organizan acciones al grito de “¡No! A recuperar lo que nos quitan”. Los motines en las cárceles y en los centros de detención de inmigrantes ilegales viajan de país en país. Los saqueos y el llamado a no pagar alquileres, junto a las huelgas de los que siguen trabajando comienzan también a instalarse en algunos lugares. Como las redes de apoyo mutuo y cajas de resistencia.

Los diversos Estados nacionales tratan de zanjar o contener estas protestas utilizando las ventajas que les permite el estado de emergencia. El presidente de Filipinas fue claro al respecto al afirmar

que se ejecutará a todo el que se salte el confinamiento. Por otro lado, anuncian pequeñas concesiones como la liberación temporal de 100.000 presos en Irán, o la creación de bonos sociales para la alimentación en Italia. Otros Estados, intentando anticiparse a las protestas, lanzan miserables zanahorias que estamos convencidos que no servirán para aplacar ni el hambre ni las amplias necesidades reprimidas durante siglos por un capitalismo al que hoy se le da una nueva vuelta de tuerca.

Estas primeras escaramuzas que se organizan contra el estado de emergencia mundial avanzan que el proletariado no se quedará encerrado en su casa viendo cómo le llevan al matadero ni aceptará sacrificarse por la economía. Pero necesitamos organizar internacionalmente toda esa contestación y profundizarla hasta atravesar el corazón de la bestia capitalista. Cambiar el miedo de lado, que el pánico se traslade para el lado de la burguesía. Que el miedo por la pandemia del coronavirus se transforme en miedo por la pandemia de la revolución.

¡La guerra contra el coronavirus es una guerra contra el proletariado mundial!

¡Impongamos nuestras necesidades humanas a las necesidades del capitalismo mundial!

CRISIS CAPITALISTA, PANDEMIA Y EL PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN

Vamos hacia la vida
Abril de 2020. Chile

«El mismo Marx señaló que el sistema abstracto del desarrollo capitalista no bastaba para hacer ninguna predicción acerca del mundo real. Todas las crisis en el capitalismo deben ser explicadas a partir de las condiciones dadas, empíricas, “a partir del movimiento real de la producción, de la competencia y del crédito capitalista”. El análisis en términos del concepto de valor del desarrollo capitalista postula “la posibilidad de crisis por una simple consideración de la naturaleza general del Capital, sin considerar las relaciones reales y adicionales que forman las condiciones del proceso de producción real”.»

Paul Mattick, Marx y Keynes (1969)

«El movimiento actual de la sociedad en general (hablamos del mundo entero) tiende a una descomposición de las tradicionales formas de

dominación burguesa. La paz social auspiciada por el crédito y el consumo de las últimas décadas hace tiempo que se ha visto quebrantada; el proletariado en distintas partes del globo ha ido accionando con fuerzas y debilidades, manifestándose en contra de sus condiciones de explotación, miseria y exclusión.

(...) La descomposición social del capitalismo llevará necesariamente a un enfrentamiento entre el proletariado y el Estado.

(...) Esta re-estructuración capitalista (que lleva a una movilización de todas las capas de la sociedad) siempre se hace a costa del proletariado y éste por débil que sea subjetivamente en su fase actual, no lo dejará sin pelear en defensa de sus vidas.»

*Periódico Anarquía y Comunismo nro. 3,
La vieja y olvidada lucha de clases (2015)*

Al parecer, la crisis capitalista comienza por fin a reventar. Lo trágico para nosotrxs, es que revienta en nuestras caras. Y es que, si bien la crisis era una especie de lugar común para lxs entendidxs en economía capitalista que solo confirmaba la existencia de sus propios límites y su estado de descomposición, hoy se nos presenta sobrepasando cualquier lección que se pudiera sacar de sus manuales, haciendo a todo el mundo cuestionarse sobre su propia época histórica. ¿Será una crisis pasajera o será acaso el principio del fin? ¿Podrá la humanidad sobreponerse a los números económicos e imponer sus necesidades, o se prestará nuevamente como carne de cañón para la reestructuración del mercado?

Según vemos, y como siempre, son muchas las preguntas y pocas las respuestas.

Para empezar, la crisis de valor propiamente dicha se veía venir desde hace ya bastantes años y, como decíamos, se había convertido en una amenaza constante, incluso se podría decir que ésta nunca

se fue desde que en 2008 explotara bajo la famosa crisis de Lehman Brothers. Desde ahí en adelante los economistas no han dejado de lamentarse y convivir con el lento crecimiento económico. Y si bien hace ya un tiempo se hablaba de su importante profundidad histórica, su forma de presentarse en la realidad diaria no fue sino la misma con la que fue desplegado todo el aparato militar de los Estados hasta el día de hoy, de una forma solapada y subterránea solo perceptible para lxs más críticxs o paranoicxs, como una normalidad impuesta a fuerza de pura costumbre. De la misma forma como la guerra mundial permanente, el despliegue terrorista del imperialismo económico, se impuso como una normalidad en la guerra al terrorismo en sus versiones Al Qaeda e ISIS. Y así la guerra en Siria, lxs miles de refugiadxs que escaparon hacia el viejo continente, el *Brexit* y los descalabros de la guerra comercial que al tiempo provocó el ascenso de la economía china. El desarrollo productivo de esta última en cuanto a tecnología y a su ejército de proletarixs asalariadxs terminó de trastocar el “turbulento” panorama mundial, su mapa comercial y las viejas alianzas de la burguesía, a la vez que aceleró la volatilidad económica por la invasión de sus baratijas.

Todo esto se mostraba posible y próximo, pues como dice la vieja teoría marxista, solo el trabajo vivo crea valor; solo con relación a éste puede desplegarse el crédito y el capital financiero, y dado que la competencia capitalista expulsa de su seno a una siempre creciente masa de proletarixs reemplazándolos por máquinas, era solo cosa de tiempo para que este sistema social se mostrara insostenible e incapaz de mantener las ganancias de la clase dominante. Las mieles del capitalismo parecían cada vez solo una rancia e insípida sustancia artificial.

En medio de este panorama (y aunque no se viera venir, dada la normalización cotidiana de la catástrofe) fue tomando fuerza la revuelta en Irán, Francia y China, pasó por Ecuador y terminó por reventar en este país en octubre pasado, salpicando por

todos lados la miseria acumulada bajo la burbuja crediticia. En nuestro caso, se expresó como una fértil y alegre primavera que se extendió hasta el verano; llena de esperanzas y fraternidad, tanta que no dejaba de atemorizar el solo imaginar cómo se cobrarían aquellos hermosos actos de soberbia e irrespetuosidad proletaria sobre un futuro deplorable; desde ahí entendimos que efectivamente ya no había vuelta atrás. Los meses que siguieron y la vuelta en marzo no dejó de afirmar nuestra comprensión, sobre todo con las caóticas manifestaciones desde el Partido del Orden y su incapacidad de encuadrar el proceso.

O así lo pensábamos. Tras la segunda semana de marzo donde el proletariado realizó una importante demostración de fuerzas, el Estado juega su as bajo la manga declarando el estado de catástrofe y luego el toque de queda. Si bien la posible llegada de la pandemia al país era ya sabida desde finales de 2019, el Gobierno de Piñera, avalado por todo su set de coalición y oposición, optó criminal y oportunistamente por poner manos en el asunto en marzo como respuesta a la coyuntura social, legitimando el despliegue policial y militar por todo el territorio bajo la excusa de su dictadura sanitaria.

Se puede pretender entender el fenómeno del coronavirus desde muchas perspectivas: como un arma biológica para eliminar proletariats y así responder al siempre restringido requerimiento del capital de fuerza de trabajo; como una forma de enfrentar el problema mundial de las pensiones o como una forma directa de contrarrevolución y de justificación del terrorismo estatal. También podemos simplemente comprenderlo como un “accidente natural” (aprovechado eso sí en la medida de sus posibilidades por el Capital mundial) de la desastrosa e insalubre competencia mercantil (con sus tráficos humanos, animales y biológicos en general), y probablemente todas tengan una cuota de razón. Aun así, todas ellas chocan directamente con un solo límite: sus profundas y negativas consecuencias sobre la economía capitalista;

y es que algo queda claro, el coronavirus no es una respuesta a la crisis, sino su consecuencia. El aislamiento y distanciamiento social en tanto fenómeno mundial es algo que ni el teletrabajo ni un aumento en la explotación dentro de los sectores que aún se mantienen productivos pueden compensar: la baja en la circulación, la quiebra de amplios sectores de pequeña y mediana empresa, el aumento explosivo del desempleo, entre otros, no son cosas que ningún Estado pueda planear, ni mucho menos sopesar cuando la mayoría de ellos optan por créditos billonarios que difícilmente puedan ser pagados en sintonía.

El coronavirus ha llevado la crisis capitalista a un nivel que la ciencia económica es incapaz de resolver por sí sola y en ese sentido la teoría de Marx acerca de los límites económicos no solo no se equivocó, sino que incluso —y lamentablemente— no pudo advertir la dantesca magnitud de su catástrofe.¹³

Pero los capitalistas del mundo, aunque este sea un contexto desconocido, saben de contratendencias y de la inevitabilidad del ciclo económico a la crisis, y en ese sentido saben —por lo menos en teoría— qué medidas aplicar para sopesar el descalabro económico y, por otro lado, saben también de la gravedad del asunto. Desde la crítica a la economía política se han identificado siempre tres contratendencias principales y, aunque como dice la cita inicial, no bastan para predecir ninguna cosa, vale la pena tenerlas en cuenta:

1. La reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la clase trabajadora, o lo que es igual, el salario.

13 Con todo, podemos leer dentro del análisis marxiano un intento por comprender la economía desde esta visión más compleja y total. Al respecto resulta interesante la visión que hemos leído en el apartado *Virus y Concepción materialista* de Rolando Astarita, u otros aportes compañeros; si bien este intento de comprensión orgánica ha existido, el COVID-19 ha llevado a este análisis y al económico clásico de la crisis a un nivel hasta ahora no muy conocido.

2. La destrucción de fuerzas productivas: eliminación de proletarixs.

3. Compensar la caída del plusvalor individual con el aumento de los volúmenes de valor, lo que significa expansión del mercado.

Estas tres contratendencias se evidenciaron claramente en las guerras mundiales con su enorme genocidio y el lucrativo efecto sobre la industria armamentista y la reconstrucción; en el papel no sería irracional pensar una posibilidad parecida para la realidad actual. Pero los tiempos “cambian”, y si los efectos de la crisis no pudieron ser previstos en su magnitud por el cálculo teórico, posiblemente tampoco se demuestren suficientes para el próximo intento de los capitalistas por salvar sus pellejos: se podría casi asegurar que el capital mundial jugará sus cartas sin pudor para poder reestructurar su orden económico, y en ese proceso obviamente aumentará la explotación, eliminarán proletarixs y buscarán fuentes de capital fresco para explotar, lo que es difícil imaginar es en qué grado. Es posible leer señales al respecto en el conflicto Colombia–Venezuela, la puesta de precio a las cabezas del Estado bolivariano y la respuesta de Irán poniéndole precio a la cabeza de Trump, o en la hace rato clara intención de lxs capitalistas de explotar el Amazonas (recordemos el proyecto IIRSA y la tendencia que representa Bolsonaro en Brasil).¹⁴

De todas formas, nos es difícil pensar en una salida imperialista siguiendo el patrón de las dos primeras guerras mundiales y, dadas las características de la forma en que se ha impuesto el despotismo capitalista en las últimas dos décadas,¹⁵ no podemos dejar de pensar

14 Cuando estamos terminando de escribir esto nos han llegado noticias de la movilización de tropas por parte del Estado venezolano a la frontera colombiana, a su vez que se anuncia una supuesta “destitución” de Bolsonaro por parte de los mandos militares, todas noticias en desarrollo.

15 El control social cada vez más extremo, el despliegue policial y militar (recordemos las ya viejas alianzas y ejercicios militares del ejército de EE.UU. en

en una forma parecida de imponer la guerra mundial, como una forma extrema y militar de control social cotidiano que contenga la respuesta proletaria a la profundización de la explotación y la miseria, y como forma de permitir el acceso al saqueo indiscriminado de las zonas vírgenes del planeta. Nos es difícil pensar en otra opción, pero no quita su posibilidad siempre latente.

Sea como sea, todo esto solo es una razón más para seguir luchando. El proletariado está condenado a luchar y enfrentarse al Estado y no tiene elección al respecto. Lo hará de manera digna, preparada y consciente o lo hará por hambre. Lo que puede elegir es no agachar la cabeza y buscar la victoria si se lo propone (esto lo vimos con nuestros propios ojos en nuestra revuelta e incipiente revolución). El capitalismo mundial puede jugar sus cartas, pero nadie le garantiza que le resulten pues su estado es grave y lxs proletarixs en los mismos países imperialistas y alrededor del mundo no se la darán fácil; el proletariado puede hacer la revolución mundial también si las posibilidades se le presentan.¹⁶

Pero para todo esto debe comprender la urgencia de sus tareas, debe comprender que la destrucción del capitalismo no es una utopía o una consigna sino una necesidad. Romper con la política de las migajas y las demandas sociales para preparar el terreno para la lucha real y directa. Debe comprender que su fenómeno es

Colombia y en este país, con su base militar en Concón y el adiestramiento criminal del Comando Jungla en Colombia) y la inseguridad laboral con la excusa de la independencia y la “pequeña empresa”.

- 16 Obviamente, cuando hablamos de revolución no hablamos de ella en el sentido del purismo ideológico; cuando nos referimos al concepto de revolución nos referimos a la cuestión práctica del trastocamiento radical de la estructura dominante. El proletariado ha vivido varias revoluciones sin por eso haber llegado a eliminar el capitalismo, pero sí han puesto en cuestión todo su orden y han representado una reorganización total de las estructuras sociales. Cuando hablamos de la revolución actual lo hablamos en estos mismos términos y así se ha demostrado con el tiempo, efectivamente ya no hay vuelta atrás y nada será como antes, lo que no sabemos es su resultado.

internacional y de clase y que su compromiso es también en contra de sus propios Estados y contra cualquiera, por más izquierdista que se presente. Esto es lo que llamamos el programa proletario y es la única garantía de no caer en las trampas del enemigo que se presentarán siempre en la defensa nacionalista o de algún bloque burgués con capa colorada (por ejemplo, el caso de Venezuela con sus alianzas rusas y chinas).

El capitalismo está en crisis y querrá superarla por todos los medios a costa nuestra. Dependerá de nosotrxs dejar un mundo peor al que conocimos o formar parte de los primeros golpes mortales a este sistema de muerte.

A construir poder territorial, a desplegar la solidaridad y las redes comunitarias; el comunismo es una realidad presente en el seno de la catástrofe capitalista y solo en la medida en que se fortalezca podremos dejar atrás toda la vieja mierda acumulada por años y siglos. Ahora más que nunca es necesario extender la comunidad de lucha internacional contra el capitalismo genocida.

¡A construir la alternativa proletaria!

¡Vivir sin capitalismo es posible!

¡Vamos hacia la vida!

INSTAURACIÓN DEL RIESGO DE EXTINCIÓN

*Jacques Camatte*¹⁷

30 de abril de 2020. Francia

En una primera aproximación al problema, la importancia excepcional concedida a los efectos patológicos ligados a la infección por el coronavirus, aparece como un buen medio para enmascarar el fenómeno esencial en acto: la destrucción de la naturaleza y la puesta en cuestión del proceso de vida orgánico sobre la tierra. Se trata de la desaparición de miles de especies, de un proceso que está llevando a una inmensa extinción. Sin embargo, la tierra es un cuerpo celeste excepcional y ningún otro cuerpo semejante ha sido descubierto a miles de años luz de distancia. ¿Cómo podrá la especie humana escapar de un evento de tal magnitud, si está inmersa en su locura, encerrada en su devenir, en su errancia, y ha devenido incapaz de imaginar otra cosa, particularmente una salida? Solamente se preocupa de sí misma, ignorando que su sufrimiento es una consecuencia de su dinámica de separación de la naturaleza y de su enemistad,¹⁸ tanto interespecífica como intraespecífica.

17 Traducción: *Vamos hacia la vida* (Chile), hacialavida.noblogs.org

18 Ver *Inimitié et extinction*, artículo que completa lo que exponemos aquí.

Esta dinámica de enmascaramiento es verdadera, evidente, pero esta afirmación no implica una infravaloración del fenómeno que estamos experimentando. Por ello queremos insistir en que no queremos separar ambos fenómenos, sino, por el contrario, integrar aquello que concierne a la especie en el devenir de la totalidad del fenómeno viviente.

El carácter más importante de esta pandemia es su contagio extremadamente fuerte a causa del propio virus, pero especialmente por la superpoblación y la destrucción de la naturaleza que reduce el número de posibles huéspedes. El virus se vive como una terrible amenaza.

No obstante, en diversos momentos de su proceso de vida hombres y mujeres se encuentran, consciente o inconscientemente, en presencia del riesgo, que en algunos casos puede manifestarse como una amenaza bien determinada. Y esto opera tanto a nivel individual como al nivel de grupos más o menos amplios, a nivel de un grupo étnico, de un estrato social, así como a nivel de una nación y, finalmente, a nivel de la especie. La humanidad se encuentra alojada en su mundo, en la naturaleza o incluso en el cosmos, como en una matriz dominada por la amenaza del riesgo de extinción —en relación a los fenómenos naturales destructivos—, determinada y estructurada por ella en el curso de millones de años.¹⁹ No es solamente el contagio el que determina la reinstauración del riesgo, de un riesgo contraído hace más de cien mil años,²⁰ sino también las medidas que son tomadas para detenerlo.

19 La película *Matrix* —en su trilogía— es una buena representación de esta matriz donde se impone el mecanismo infernal de la repetición. Por ejemplo, Neo se da cuenta de que ha habido otros elegidos y otros intentos de destrucción de la humanidad y, al final, se sugiere firmemente que la amenaza persiste: la posibilidad de un nuevo ataque a Sion por parte de las máquinas no se elimina.

20 «Parece que nuestra especie ha pasado por una drástica fase de selección, un cuello de botella con una población reducida a unos 60.000 individuos,

De esta forma, viene a sumarse un riesgo para la especie y una amenaza para el conjunto del mundo viviente: la sexta extinción masiva prevista hace ya varios años por R. Leakey,²¹ la que refuerza aún más en el *Homo sapiens* la amenaza inconsciente de la extinción, con preponderancia en aquello que concierne a lo inmediato del fenómeno, mientras que la amenaza para el mundo orgánico se oculta aún más debido a la dinámica de enmascaramiento antes mencionada.

¿Qué revela el contagio, que es la base de esta pandemia, y las medidas de protección que da lugar? Podemos hablar a este respecto de un apocalipsis,²² aunque solo sea para señalar el mecanismo de repetición,²³ ya que esta palabra indica precisamente la

entre 100.000 y 50.000 años atrás». Pascal Picq, *Une évolution buissonnante* en la revista *Pour la Science*, octubre 2002, nro. 300.

Cuando el mar salvó a la humanidad (durante la edad de hielo que duró desde hace 195.000 hasta 120.000 años atrás), artículo de Curtis Marean en *Investigación y Ciencia* nro. 409, octubre 2010.

Actualmente se habla de un riesgo de extinción hace unos 13.000 años debido a la caída de un meteorito en Groenlandia que provocó la desaparición de la megafauna, y una reducción de la población humana que recibió una conmoción que varios mitos atestiguan. Casimir Peraud, *De l'origine des mythes et de la civilisation*, *Mediapart*, 5 de enero de 2020.

Más cerca de nosotros en el tiempo, una transgresión marina que afectó al Medio Oriente —en la región de Sumeria— sería el origen del mito del diluvio.

Todos estos eventos catastróficos relacionados con los impactos de meteoritos o asteroides deben ser tenidos en cuenta para utilizar la industria espacial no para la conquista del espacio (dinámica de la enemistad), sino para poder destruir estos objetos cósmicos antes de que lleguen a la tierra. Además, hay que pensar en el impacto negativo que puede tener el frecuente cruce de la magnetosfera, que protege a la Tierra de radiaciones peligrosas y permite la vida en la Tierra.

21 Andreas Loepfe ha retomado esta tesis en un artículo muy interesante publicado en el nro. 17 de la revista *(Dis)continuité*.

22 Nota del Traductor: La palabra, como tal, proviene del latín *apocalypsis*, y esta a su vez del griego *apokálypsis*, y significa “revelación”.

23 NdT: Un concepto ampliamente utilizado por A. Janov, derivado del concepto freudiano de “compulsión a la repetición”, que indica que tendemos, incons-

revelación de una posible destrucción, pero también los medios para escapar de ella.

El fracaso de la salida de la naturaleza, ya que la especie no ha conseguido escapar del riesgo de extinción y alcanzar la seguridad, a pesar de una serie de separaciones realizadas para protegerse.

El fin de la negación total de la comunidad original como resultado de su fragmentación a lo largo de los milenios, con la fase final del proceso de separación y el despliegue del hiperindividualismo que se manifiesta como una compensación a la evanescencia del individuo. Hoy en día, los *rackets* y la gregaridad son los residuos aberrantes de la comunidad.

El fin del encubrimiento y el descubrimiento del abandono, así como la manifestación del numen, de lo sagrado, de lo que engendra fascinación y miedo, la revelación de la vulnerabilidad.²⁴

La instauración del riesgo de extinción —ya no nos enfrentamos a la amenaza, sino al riesgo mismo— se presenta como la suma de los dos fenómenos anteriormente mencionados, no podemos tratarlos por separado y es importante señalar, en primer lugar, que afirmar que se trata de un riesgo no implica que la extinción se producirá necesariamente. No obstante, en el curso de los miles de años que nos separan del acontecimiento inicial, pueden haber surgido hechos imprevistos que hayan permitido pasar del riesgo a la certeza. Tal vez el hecho imprevisto más importante y difícil

cientemente, a reactualizar lo que hemos experimentado como resultado de un trauma, o a reactualizar lo que nuestros padres experimentaron. La repetición a menudo comienza con una repetición frustrada. La repetición está relacionada con la compulsión a repetir, determinada por el trauma fundacional de la huella.

24 Ya lo hemos destacado en relación con los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, en *Gloses en marge d'une réalité VIII*. También hemos insistido en la importancia del estado hipnótico creado por el shock, que deja a los individuos particularmente manipulables, lo cual permanece siendo verdadero hoy en día. Este hecho fue retomado durante el análisis del libro de Naomi Klein: *La doctrina del shock*, en *Inversion et dévoilement*, 2012.

de controlar sea la locura de la especie humana, que se ha vuelto incapaz de concebir otro desarrollo distinto del que ha adoptado (confinamiento). De allí la necesidad de una comprensión a la vez histórica y actual para estar realmente presente en lo que está sucediendo, lo que permite actualizar un comportamiento adecuado a las verdaderas circunstancias.

El estudio del virus nos revela que ha tenido una “incubación” bastante larga, lo que es una fuente de confusión. En efecto, ha sido precedido por el síndrome respiratorio agudo severo SARS surgido en China (2002–2003) y que afectó a 29 países. El virus del COVID–19, el SARS–CoV–2 podría derivar del que causó el SARS. Por otra parte, puede haber una relación con el Síndrome de Dificultad Respiratoria Aguda conocido hace bastante tiempo e identificado realmente en 1967. También se ha mencionado el Síndrome Respiratorio del Medio Oriente, debido también a un coronavirus MERS–CoV —transmitido por camellos—, que desde 2012 afectaría a unos pocos países fuera de Arabia Saudita. Esto sugiere que la enfermedad actual tiene una raíz profunda y generalizada, especialmente porque los coronavirus son una gran familia de virus que pueden causar diversas enfermedades, desde el resfriado común hasta el SARS. Se está convirtiendo en el virus por excelencia.

Siendo las condiciones de vida similares en todos los grandes centros urbanos ¿no encontraría el virus COVID–19 la posibilidad de emerger de un virus “hermano” preexistente en cada uno de estos centros? En este caso habría alguna forma de producción endógena. Pienso en esto por la velocidad de propagación de la enfermedad y porque ello revelaría el estado de decadencia²⁵ en

25 Se manifiesta, en particular, a través del gran desarrollo de las enfermedades autoinmunes debido a la desregulación del sistema inmunitario, la multiplicación de los cánceres, la depresión (véase *La fatigue d'être soi – dépression et société* de Alain Erhenberg, Ed. Odile Jacob), el odio a uno mismo (véase *Gloses X*), el aumento de las enfermedades mentales, la obesidad cada vez

que se encuentra la especie humana. Eso no implica, en el caso de que esta hipótesis fuera correcta, que debamos abandonar toda medida de contención, pero requeriría preocuparnos simultáneamente por las causas aún más profundas de esta enfermedad más allá del contagio por el virus.

Los virus se han convertido en la encarnación de todo mal. A menudo oímos a la gente decir: “no estoy bien, debo haber contraído un virus”. Pero siempre hay una ambigüedad al interior de la especiosis de la especie.²⁶ Por ejemplo, se dice que alguien que se dedica con pasión a una actividad ha contraído un virus, una enfermedad por su objeto del placer. La supuesta malignidad de los virus se encuentra también en el dominio de la artificialidad con los diversos “virus” informáticos. Es muy curioso que Stephen Hawking, físico y cosmólogo, aparentemente quería que los virus fuesen considerados como seres vivos, revelando así una ambigüedad en su formación, considerando al virus vivo o no dependiendo del medio en que se encuentre y a la relación con otros seres vivos.

más extendida, así como diversas enfermedades vinculadas a una mala alimentación o al uso de drogas, el descenso de la fertilidad masculina, la posible desaparición del cromosoma Y, etc...

Esto explica por qué algunas personas dicen que nadie murió por el Coronavirus, sino con él. Esta afirmación se hace a menudo después de que se hayan realizado las autopsias. Sin embargo, todavía existe el problema de la presencia del virus. ¿Cómo lo entendemos? Estas personas no dan una respuesta eficaz y tengo la impresión de que están minimizando el fenómeno, aunque sólo sea porque tienden a negar la existencia de una pandemia. Otros informan de una conspiración mundial, lo cual, una vez más, no explica nada.

26 NdT: «Especiosis: fenómeno isomórfico a la ontosis pero relativo a la especie. Aquello que la especie produce al efectuar su devenir fuera de naturaleza.»

«Ontosis: fenómeno de adaptación al modo de vida impuesto por la separación de la naturaleza, que lleva inevitablemente a la represión parental. Es simultáneamente el resultado de esta adaptación que funda al ser ontosizado. La ontosis está constituida por un conjunto de fenómenos inconscientes que fundan el comportamiento inconsciente del hombre y de la mujer.»

Ambas definiciones dadas por el autor en su *Glosario*, disponible en el sitio web de *Invariance*.

Sin embargo, debido a la demonización de la que son objeto los virus, su rol esencial en el seno del proceso de la vida está totalmente oculto. Para entender esto es necesario remontarnos a los orígenes del proceso, a la época de aquello que se denomina como sopa primordial, donde reinaba un *continuum* vital. No había separación y, por tanto, la continuidad era inmediata. Cuando las células aparecieron, sus membranas impusieron separaciones que se oponían a la continuidad. Los virus fueron los elementos vivientes que permitieron restablecer la continuidad a partir del discontinuo, permitiendo las transferencias de material genético de unos seres vivos a otros, y todo el proceso de vida en su totalidad pudo continuar, porque lo que evolucionaba no eran solamente especies aisladas, sino el conjunto del mundo viviente que debía conservar su coherencia. Los genetistas han puesto en evidencia la presencia de un gran número de virus integrados en nuestro genoma, lo que señala su contribución a la edificación de él. En otras palabras, pueden continuar su existencia sin parasitar. En cambio, si esta continuidad es interrumpida devienen parásitos. Y también aquí hay que tener en cuenta la totalidad para poder afirmarla, porque hay una multitud de relaciones operativas, incluyendo en particular las que intervienen en la dinámica de revelación de un estado dado, mientras que otras pueden escapar de nosotros. Pero, debido al hecho de que el modo de vida del *Homo sapiens* ha operado diversas discontinuidades, siendo las más importantes aquellas en relación con el resto de la naturaleza, de allí la multiplicación de las enfermedades virales. Hacer de los virus los soportes del mal (de las enfermedades) es permanecer aún dentro de la separación y la enemistad, sobre todo cuando las asociamos a las especies que serían sus vectores, como los murciélagos en el caso del COVID-19. ¡Sin embargo, como resultado de la acción humana están en riesgo de extinción! Aquí se esconde una ambigüedad: hacer de los otros seres vivos los responsables de nuestras enfermedades implica pensarnos como somos seres pasivos ¡incluso inesenciales!

La especie virtuosa de la manipulación se proyecta en los otros y se considera manipulada por el virus. Por otro lado, algunos suponen que el SARS-CoV-2, el virus del COVID-19, deriva de una manipulación en un laboratorio como afirma Luc Montagner. La misma afirmación fue hecha a propósito del virus, aún de origen desconocido, del SIDA.

Los síntomas del COVID-19 son muy diversos y algunos se han manifestado recientemente, como los problemas cardíacos o las reacciones inflamatorias excesivas, las tormentas de citoquinas que indican una disfunción del sistema inmunológico, los trastornos del comportamiento relacionados con los daños cerebrales, la inflamación sistémica del endotelio²⁷ y, aún más recientemente, la formación de coágulos que no se pueden eliminar, y que en algunos casos requieren de amputaciones.

Esta gran diversidad de síntomas está relacionada con el hecho de que la enfermedad revela en realidad las disfunciones anteriores al interior de la especie, así como su obsolescencia, y las causadas por ella dentro de la biósfera. Es más que una enfermedad porque, en tanto que operadora de revelaciones, se impone como un apocalipsis. Pero, vuelvo a repetirlo, la causa de su gravedad no es el virus, sino el estado de la especie.

27 El virus no atacaría al sistema inmunológico a través de los pulmones sino a través de los receptores de superficie del ACE2 (receptores de la enzima convertidora de angiotensina, una sustancia que desempeña un papel en el mantenimiento del volumen sanguíneo y la presión sanguínea) en el endotelio (el revestimiento interior de los vasos sanguíneos), que pierde su función protectora. Por lo tanto, todos los órganos pueden verse afectados.

Anteriormente se había señalado:

«Cuanto más tiempo pasa, más claro está que la epidemia no está procediendo de la misma manera en China y Europa, por razones relacionadas con el contexto social, la evolución del virus y quizás la genética diferente de las poblaciones. Por ejemplo, en China apenas se ha descrito una manifestación clásica de una infección asintomática en Europa, como la pérdida del sentido del olfato.» Samuel Alizon, *Le confinement ne fera pas disparaître l'épidémie*, *Mediapart*, 6 de abril de 2020

A raíz de la agitación vinculada a Mayo de 1968, centré mi reflexión y mi investigación, por una parte, en mantener una perspectiva “emancipadora” con la afirmación de una invariancia dentro de la especie, de una corriente portadora de un proyecto de resurgimiento de la comunidad humana y, por otra parte, en poner de relieve la degeneración de la especie relacionada con el desarrollo del capital y a la autonomización de su forma.²⁸ Diez años después constataba: «Hemos llegado a una etapa de agotamiento de la humanidad y la naturaleza, la era de las catástrofes ha comenzado».²⁹

En retrospectiva, podemos ver que el comienzo de esta era es contemporáneo del fin del movimiento proletario en los años 80. Esto fue en sí mismo una inmensa catástrofe, y así es como la vivimos, contemporánea a la aceleración de la destrucción de la naturaleza, especialmente de los bosques. En efecto, la desaparición del proletariado tuvo un efecto comparable a la reducción extrema de los bosques: pérdida de toda regulación del sistema económico con el aumento indefinido de la producción, comparable a la pérdida del fenómeno de la compensación que permite la regulación del clima.³⁰

28 En cuanto a la invariancia, véase el índice de la página de la revista *Invariance*, la página principal del sitio y el *Glosario*. En cuanto a la degeneración ver *Errancia de la humanidad*, 1973; *Contra la domesticación*, 1973; *Es necesario salir de este mundo*, 1974; *C'est ici qu'est la peur c'est ici qu'il faut sauter*, 1975. Los dos primeros aparecieron en *Invariance*, Serie II, nro. 3, el tercero en la nro. 5 y el cuarto en la nro. 6. [NdE: las traducciones de los primeros tres títulos se encuentran disponibles en el sitio web Biblioteca de Cuadernos de Negación.]

29 Véase *Précisions après le temps passé*, *Invariance*, Serie III, nro. 5-6.

30 El bosque es esencial, y la vegetación en general, porque a través de la fotosíntesis produce oxígeno. Proporciona hábitat y alimento a un gran número de especies. Protege el suelo y permite su desarrollo gracias a las raíces que se desarrollan en simbiosis con los hongos y las bacterias. Permite la eliminación de las sales minerales necesarias para la formación de frutas y verduras. La desaparición de los árboles en los campos de siembra vinculada al monocultivo es la causa de la desaparición de cualquier sabor de frutas y

Es por eso que durante años estudié cómo el devenir de la sociedad-comunidad capitalista tenía el impacto de una degeneración cada vez mayor de la especie. Lo que fue esencial para este proceso son todas técnicas de manipulación que utilizan la persuasión, la seducción, la telecomunicación, la información, la publicidad con los medios correspondientes, porque todas ellas tienen un impacto significativo en el sistema inmunológico que podría incluso llevar hasta la depresión, cuya acción es complementada por las drogas. Esto también ha operado en la dinámica de asimilación e integración, sin olvidar su constante funcionalidad a lo largo de los siglos en la educación y en la enseñanza.³¹

verduras, incluso en el caso de la agricultura orgánica. La agrosilvicultura y la permacultura pueden remediar todas las deficiencias de la lejana perspectiva de la desaparición de la agricultura de cualquier tipo. Los árboles también tienen un efecto beneficioso y calmante, capaz de restablecer la continuidad (véase la silvoterapia).

La importancia suprema del bosque está empezando a ser evidente. En noviembre de 2019, la revista *Science et Vie* publicó un dossier titulado *Arbres – Ils peuvent nous sauver* [Árboles: ellos pueden salvarnos]. Sí, pero para hacerlo, debemos plantar miles de millones de ellos.

31 He tratado estos temas en varios artículos. Menciono sólo algunos de ellos porque son numerosos, con algunas citas para situarlos.

En *Gloses en marge d'une réalité I*, 1983: «La única manera de ser inmune [a los efectos de la televisión] es adaptarse a su mediación, y eso es lo que sucede. La humanidad se robotiza para adaptarse. La inmunización que se está llevando a cabo ante nuestros ojos, es la robotización de la humanidad, quizás con la posible excepción de China.» (Marshal Mac-Luhan, *Des têtes vides comme des entonnoirs*, revista *Réalités*)»

En *Gloses II*, 1986: «Todo el devenir del capital a la representación autonoimizada está presupuesto en el mundo de la publicidad. Una etapa esencial ha sido la instauración generalizada del crédito. (...)

En un artículo de la revista *Parents* que explicaba cómo, en los EE.UU., los padres habían creado una liga para ayudarse mutuamente para poder decir no a sus hijos —renunciando a la práctica antiautoritaria anterior— se añadía el comentario de un psicólogo sobre la práctica de esta liga. El especialista señalaba como un peligro la posibilidad de que aumentara la violencia en la práctica de la liga, y hacía notar hasta qué punto no se estaba abordando el verdadero problema: la destrucción de los propios vínculos

De esta forma, podemos responder a la pregunta: ¿Cuál es la causa de la gran peligrosidad de esta enfermedad? Respuesta: Esta enfermedad arriba al final de un recorrido, como la conclusión de un inmenso proceso de fragilización de la especie, particularmente vinculado a una considerable perturbación de su sistema inmu-

emocionales. Para ilustrar su punto, añadió: “¿Conoces algún país donde el eslogan ‘¿Has pensado en abrazar a tu hijo esta mañana?’ aparezca en la ventanilla trasera de un coche?”»

En *Gloses III*, 1986: «Así pues, dado que los fenómenos publicitarios pueden ser interpretados en términos de inmunidad y que las relaciones entre los individuos pueden interpretarse en los mismos términos (véase la cuestión de la tolerancia explicada anteriormente), es comprensible que la publicidad pueda desempeñar una función reguladora, al igual que el sistema inmunitario. Más precisamente, tenemos que decir que la comunidad actual ha engendrado un sistema integrador–regulador que es comparable en muchos aspectos al sistema inmunológico que opera en el organismo de los vertebrados superiores.»

En *Émergence et dissolution*, 1989: «La disolución alcanza el nivel celular con la desorganización de la célula provocando la separación de elementos que se unieron hace más de mil millones de años en la formación de células eucariotas.

El *Homo sapiens* se convierte así en una especie inútil y peligrosa para el conjunto del proceso de la vida, de ahí la tendencia a que sea eliminado a través de la actividad de las bacterias con sus auxiliares los virus, priones, etc., que son la principal causa de su muerte.»

Esta idea también ha sido expresada en otros textos y puede ser redactada con mayor precisión de la siguiente manera: todo sucede como si el conjunto de los seres vivientes tendiera a eliminar el *Homo sapiens*.

En *Communauté et devenir*, 1994: «Sin embargo, como hemos indicado, la mediación autónoma que se plantea como una realidad inmediata (como se verifica con la virtualidad) suprime la representación. De allí la evanescencia del proceso de conocimiento fundado sobre esta última; de ahí la desaparición de la propia especie, al igual que hay una desaparición de la tierra (cultivo sobre la tierra), de las mujeres (fecundación in vitro con la perspectiva de producir bebés probeta), del cerebro (inteligencia artificial), del espectáculo sin actores reales, etc. Esta eliminación de la especie separada de cualquier realidad concreta conduce a su degeneración, que se expresa mejor en su pérdida de naturaleza innata que, a su vez, señala la pérdida de bases, raíces, cimientos.»

nológico, asegurando un proceso de conocimiento inconsciente complementario al consciente.

«De todos los artículos de este número consagrado a *Les défenses du corps humain*, se desprende en definitiva que la red inmunitaria no sólo sirve para defender al organismo, sino que es un sistema de integración y posicionamiento del organismo en el *continuum* vital, que funcionaría en simbiosis con los miles de millones de organismos (principalmente bacterias) presentes en el cuerpo de todo hombre y mujer.»³²

Es comprensible que múltiples ataques al sistema inmunitario puedan dar lugar a una gran dificultad para estar presente en uno mismo y en el mundo, lo cual es un componente de la especiosis,³³ sobre todo porque la separación del resto de la naturaleza ha engendrado la soledad de la especie, y la destrucción de esta última da lugar a la imposibilidad de ser reconocido. Durante mucho tiempo la humanidad pudo disminuir esta soledad gracias a lo sobrenatural recurriendo a toda clase de divinidades y, particularmente con el monoteísmo, a la ayuda de Dios. La debilidad de este último, su evanescencia, pone a la especie de nuevo en el estado de abandono.

Así, las causas esenciales de la pandemia son: la especiosis precedente, cuya manifestación más extrema es la pérdida de la sensibilidad, de la afectividad, causa y resultado de la pérdida de continuidad y la regresión de la empatía, y la sobrepoblación.³⁴

32 *Gloses en marge d'une réalité III*, 1986.

33 Véase «La estructura de la especiosis» en: *Point d'aboutissement actuel de l'errance*.

34 Hace un siglo, durante la gripe española, que causó entre 50 y 100 millones de muertes, éramos 1.800 millones de personas, ahora 7,7 billones, es decir, 6.000 millones más, un aumento de cuatro veces en este corto lapso de tiempo. Por lo tanto, es comprensible la justificación de la necesidad de confinamiento.

A partir del momento en que emprendamos la inversión, se necesitarán algunos miles de años para que el número de seres humanos oscile entre 250 y 500 millones, como fue probablemente el caso antes de la gran separación

Esta pérdida de la afectividad se refiere a la relación con el otro en general, al impacto del otro sobre uno mismo, aumentando el hiperindividualismo que expresa bien la ruptura de la continuidad que implica la dimensión de la potencia de la vida, la desaparición de la escucha.

La propagación de la enfermedad y las medidas destinadas a detenerla, a erradicarla —poniendo en tela de juicio la totalidad del modo de vida actual—, revelan todo lo que afecta negativamente a la especie y pone de relieve, en particular, la nocividad del “separar para salvar”.

Lo primero que se revela —y de una manera que uno podría decir que es explosiva—, es la enemistad,³⁵ que se presenta tanto como un comportamiento y una afectación, pero también como un patrón de conocimiento.³⁶ Desde el principio de la pandemia se ha proclamado: estamos en guerra. En esta proclamación se puede percibir la nostalgia de los tiempos de guerra, cuando el individuo supuestamente puede dar lo mejor de sí mismo y cuando la vida adquiere un sentido porque entonces es posible acceder a uno mismo. Sin embargo, el estado de guerra permite a los dominantes justificar las diversas medidas de represión para detener las posibilidades de que los dominados se manifiesten, como se puede ver en la imposición del confinamiento que, prolongado, conduce a una forma de asfixia. A este respecto me gustaría comunicar la profunda observación que me hizo Cristina Callegaro sobre las

realizada con la práctica de la agricultura y la ganadería, permitiendo que todas las formas de vida vuelvan a prosperar.

- 35 NdT: Dinámica por la cual “el otro” es utilizado como el soporte para personificar un enemigo y, de esta forma, iniciar el despliegue de varias formas de violencia. El enemigo puede ser transitorio, en el juego, en los debates y en todas las formas de competencia. La enemistad es la base sobre la que se funda el comportamiento de la especie humana separada de la naturaleza.
- 36 No insistiré en este hecho, habiendo ya escrito sobre este tema, en *Gloses IX* donde cito el libro de James Hilman: *A terrible love of war* y, de manera más detallada, en *Inimitié et extinction*.

perturbaciones causadas por el COVID-19: «Toda esta gente que se asfixia, que no puede respirar, que carece de oxígeno, es como un miedo radical, absoluto. Parece un nacimiento revivido, un nacimiento muy traumático que a su vez resume el terror de la aniquilación de la especie». También indica igualmente la dificultad, si no la imposibilidad, de operar una inversión que se puede presentar y experimentar como un nacimiento.

¿No refleja el contagio del COVID-19 y la contención resultante un rechazo inconsciente del otro, especialmente entre las poblaciones que se ven obligadas a vivir en estrecha proximidad, por ejemplo, en el transporte, en calles atestadas o incluso en apartamentos estrechos? Normalmente no estamos limitados a nuestro cuerpo, sino que estamos rodeados por una burbuja similar a una cavidad amniótica limitada y, por lo tanto, por un amnios.³⁷ El repetido cruce de ésta hace muy difícil el vivir, es como si el individuo perdiera su idiosincrasia, sus marcas e incluso su rastro. ¿Dónde puede encontrarse? Y podemos pensar que los agujeros operados en “los amnios” son puertas por las que el virus puede entrar.

Esta observación sobre la importancia de la cavidad amniótica y los amnios me fue sugerida leyendo las obras de Varenka y Olivier Marc, especialmente *Premiers dessins d'enfants*, Ed. Nathan. En efecto, de lo que ella y él exponen, llegué a la conclusión de que la cavidad amniótica y los amnios fueron reconstituidos por la presencia envolvente de la madre que, por la misma razón, permitió al niño construir su propia burbuja, gracias al cordón umbilical constituido por la continuidad entre él y su madre. Se puede decir que este es un momento importante en la realización de la haptogestación. Y todo esto debe ser puesto en relación con la pérdida de cualquier comunidad que hace a los individuos extremadamente frágiles, y yo

37 NdT: Amnios es una membrana compuesta por somatopleura, que rodea al embrión, el cual queda suspendido en el líquido amniótico que lo protege evitando la desecación, y además le proporciona equilibrio osmótico y temperatura constante.

añadiría que probablemente la burbuja, y por lo tanto los amnios, eran los restos de la dimensión comunitaria a nivel del individuo.

Volviendo a la manifestación de la enemistad, la proclamación de la Unión Sagrada —complementaria a la de la guerra— equivale a la aplicación de una forma de represión —a menudo complementada por la autorrepresión—, dirigida a los que no están de acuerdo con las normas de confinamiento. Tiende a abolir las diferencias, sumiendo a la población en un estado de indiferenciación que es una forma de cáncer.³⁸

Esto permite que el Estado recupere cierta importancia al hacerse cargo de la terapia, o incluso del terapeuta, lo que es lógico porque la terapia fundamental es la que tiene por objeto curar a los hombres y mujeres de su naturalidad reprimiéndolos. Las medidas que garantizan el confinamiento forman parte de esta dinámica, porque propician la violencia policial, como ocurre durante las actuales revueltas en los suburbios debido al confinamiento, a la miseria y la falta de reconocimiento.

Lo mismo ocurre con otras medidas como el distanciamiento, que revela la enemistad subyacente, ya que mantener la distancia significa protegerse a uno mismo. La distancia permite también evitar la crisis de la presencia, la presencia del otro que es potencialmente peligroso, especialmente si es un desconocido.

El distanciamiento implica la realización a distancia de procesos vitales: teletrabajo, educación a distancia, videojuegos, cibersexo y, por ende, más conmovedores. Es necesario realizar todas las funciones vitales en la separación, sin ningún contacto, así vivimos más felices estando separados.

38 Ya he señalado en otros escritos que el cáncer es una enfermedad relacionada al desarrollo del capital. En efecto, la célula cancerosa es una célula indiferenciada y el movimiento de capital produce la indiferenciación de hombres y mujeres, lo que hace cada vez más imposible la dinámica de reconocimiento. Además, los hace inútiles. El hiperindividualismo, una tentativa de ser reconocible, aparece como una reacción a este devenir.

De esta forma, el COVID-19 aparece como una enfermedad afectivamente transmisible que obliga al uso de una máscara, lo que implica que el enmascaramiento crea o conduce a un cierto distanciamiento. Así, cuanto más degenera la especie, más difícil le resulta llevar a cabo su proceso de vida sin riesgos, el último de los cuales, una sumatoria de todos, es el riesgo de extinción.

El COVID-19 y las medidas para prevenirlo revelan la represión parental y la exacerbación. Desde el comienzo del confinamiento ha habido un aumento de los casos de abuso de infantes y de mujeres.

El fenómeno se repite en las relaciones laborales en las que los empleadores no proporcionan las medidas de protección necesarias o aprovechan la situación para aumentar la explotación, lo que ha dado lugar a huelgas. Además, al principio, algunos patrones negaron la existencia de la epidemia para no interrumpir la producción.

Como la actividad económica no puede interrumpirse, se impone una separación entre los que están confinados y los que deben, por así decirlo, “atender” a estos últimos: los cuidadores, pero también los trabajadores de diversas empresas como la Oficina de Correos, por ejemplo, que a menudo no están debidamente protegidos y salvaguardados debido a las exigencias económicas o a la falta de recursos, cuya causa son también factores económicos como las restricciones presupuestarias (el caso de los hospitales y el personal hospitalario es ejemplar).

Las desigualdades sociales se manifiestan abiertamente. Por ejemplo, los ricos han podido ir al campo, los que tienen una villa con un pequeño jardín o los que viven en apartamentos bastante grandes disfrutan de condiciones de vida mucho más favorables que los que están en viviendas estrechas, lugares propicios para los conflictos.

El COVID-19 y las medidas para erradicarlo revelan y amplifican el fenómeno de sustitución ya mencionado, que puede definirse como la sustitución de la naturalidad por la artificialidad, la invasión del uso de la técnica (la internalización de la técnica ya no es

suficiente) en todos los procesos vitales, que de manera exacerbada necesitan instrucciones para llevarse a cabo. Constituye una respuesta a una muy antigua doble pregunta: ¿cómo poder vivir en la discontinuidad?, ¿cómo restaurar la continuidad? Las preguntas y respuestas son parte de lo que se podría llegar a llamar “un tratado del saber vivir para todas las generaciones”. Actualmente, el problema de mantener la continuidad a pesar del confinamiento se resuelve gracias a la virtualidad, a la artificialidad.

La sustitución del ser humano por las cosas es el triunfo de la economía, caracterizada por el predominio de los objetos sobre los seres. Los primeros, gracias a la tecnología de la información, están cada vez más conectados entre sí y pronto dejarán de necesitar seres humanos para funcionar. Al final, los hombres y las mujeres aparecerán como parásitos que, debido a su afectividad, perturbarán gravemente los procesos en marcha. Por otra parte, la economía asegura el progreso en todo y también amenaza al *Homo sapiens* en su dimensión zoológica, de allí la dinámica de la humanidad aumentada. Por otro lado, debemos tener en cuenta el fenómeno de la objetivación que hace que los seres humanos tiendan a comportarse como objetos.³⁹

La sustitución crea un devenir a la extinción debido al hecho de que reemplaza lo viviente por lo no viviente, como los robots, seres que actúan como si estuvieran vivos. Es el triunfo del “como si”, de la simulación, de la sustitución de la madre naturaleza por la madre computadora–Internet.

La epidemia sirve para ocultar la destrucción de la naturaleza —para desviarla— pero también revela todos los horrores humanos. Es decir, hace surgir y no solamente revela. A este respecto, cabe señalar que el velo es una especie de máscara que, originalmente

39 Esto ocurre en las psicosis en las que el individuo no reconocido se sirve de los objetos con la finalidad de ser. Véase: Harold Searles, *L'environnement non humain*, Ed. Gallimard, y el enfoque inclusivo propuesto en *Inversion et dévoilement*, 2012.

en la zona islámica, se utilizaba para proteger a las mujeres. En los últimos años, la máscara también se ha utilizado para protegerse de las consecuencias de esta destrucción: para protegerse de la contaminación,⁴⁰ que puede percibirse como una enfermedad altamente contagiosa cuyos orígenes se remontan a mucho tiempo atrás, comenzando por la construcción de ciudades, delimitadas por recintos⁴¹ erigidos para protegerse de otros hombres. Sin embargo, se puede considerar que enmascararse es encerrarse en uno mismo. También significa exponer una ambigüedad: no soy peligroso, pero llevo una máscara porque soy ambiguo, contengo la posibilidad de transmitir un peligro. En este caso, quitar la máscara sería ocultar la ambigüedad. A medida que el contagio crece surge la posibilidad de que aparezcan nuevas pandemias, y uno se pregunta si el uso de una máscara acaso se convertirá en parte de nuestra indumentaria necesaria. Expongo aquí la dinámica en su contexto y lo que implica, pero eso no significa que esté convencido de la utilidad de la máscara o de las pruebas de detección.

Enmascarar: hemos usado esta palabra muchas veces para indicar el hecho de disimular una cierta realidad en lugar de escamotearla, expresa que estamos escondiendo, pero no ocultando. Cuando te escondes, tienes en cuenta una realidad, pero la disimulas, que es de lo que se trata el encubrimiento. En la situación actual, el uso de una máscara permite protegerse inmediatamente, pero también impide contaminar a la otra persona si no la lleva puesta, en caso de que uno sea portador del virus sin saberlo. Pero, inconscientemente, otras funciones pueden estar presentes y tener un efecto

40 Todavía estamos en una situación en la que la enemistad es operativa, como también es el caso de las máscaras de gas desarrolladas en 1916, durante una guerra real.

41 F. Renggli ha afirmado que la ciudad se convierte en un vientre y era considerada como una madre, y señala el curioso hecho de que la palabra *enceinte* se refiere tanto a un sistema de protección como a la caracterización del estado de una mujer que está esperando un hijo.

en la persona que lleva la máscara, por ejemplo, ¿qué es lo que cubre? De hecho, uno también puede enmascararse para no ser reconocido, señalando nuevamente la dinámica de la enemistad. Desde un punto de vista general, esta práctica está relacionada con la incertidumbre de la especie, la incertidumbre de lo que es y su lugar en el fenómeno viviente, pero también con la insatisfacción de ser lo que ella es. También señala toda la inquietud e inmensa perplejidad generada por la relación realidad–apariencia, que alberga una ambigüedad fundamental.⁴² Esa ambigüedad está

42 Como no deseo, en el contexto de este artículo, tratar en profundidad la cuestión de la máscara, añadiré una cita —donde las declaraciones son notables— que da una idea de su alcance:

«Objeto universal de todas las sociedades arcaicas o modernas, la máscara ocupa un lugar asombroso en el curso de la civilización y su uso se remonta a la más alta antigüedad donde, ya hecha para ser usada, está a menudo hecha de materiales ligeros y su valor iniciático sigue siendo oscuro y paradójico. Simulacro facial, que disimula, esconde y camufla. Perteneciente al reino de la apariencia, la máscara permite al ser humano, dotado de una dualidad original, acceder a la metamorfosis de su ser, a la revelación de su inconsciente. Sus características, al principio exclusivamente rituales, conservan a lo largo de su historia el principio de transgresión que está en la base de todas las formas de disfraz. Dotado de un poder sobrenatural, permite un escape temporal de la vida cotidiana, dando rienda suelta a los instintos más reprimidos y sacando a relucir aquellos aspectos del ser humano que la vida social normalmente oculta; incluso revela algunas facetas desconocidas. (...)

Gracias a la máscara, la comunicación se establece de una manera más libre y familiar. El ser humano se da la ilusión de romper las barreras y las distancias sociales». Celine Moretti–Maqua, *Le masque et l'histoire*.

El deseo de metamorfosearse deriva de la insatisfacción, de la percepción de estar inacabado. Hoy en día es reemplazado por el deseo de ser incrementado. Todas las técnicas que permiten esto apuntan en primer lugar a enmascarar al ser natural, luego a eliminarlo. Por otro lado, ¿no es transgresor aumentar? ¿No estaba el fenómeno también presente entre las personas que viven desnudas y usan máscaras, y no es también el caso de la práctica de la pintura corporal y el tatuaje? Podemos ir más allá y hacer la pregunta de la función, probablemente versátil, del estuche del pene. Por último, aún en lo que respecta al sexo masculino, quizás sea la base inconsciente del uso del preservativo.

ligada a la ruptura con el resto de la naturaleza: ¿somos naturales o estamos fuera de la naturaleza? Esta pregunta ha sido planteada durante siglos. Una forma de eludir esa problemática ha consistido en afirmar que la humanidad está constantemente en el proceso de separarse, o a punto de hacerlo. La ambigüedad tiene la dimensión de la dualidad, la ambivalencia, de la equivocación (existencia de dos caminos, ¿cuál tomar?). Sin embargo, es a menudo inconsciente, y solamente se revela a través de un entrelazamiento en la manifestación de estos tres fenómenos.

La nocividad de la ambigüedad proviene del hecho de que genera inseguridad, indecisión que puede transformarse en incitación, en desorden, en la instalación de un bloqueo que, para salir de él, provoca el despliegue de medidas extremas de gran violencia, y por lo tanto el recurso a la enemistad. En general, la ambigüedad da lugar a una crisis de presencia, es por esto que generalmente se la reprime.

Las medidas adoptadas contra el COVID-19 nos proporcionan un importante ejemplo de ambigüedad: ¿se tomaron por la salud de las personas o se trataba de salvar la economía? No olvidemos que el residuo de la naturalidad es la causa de la ambigüedad. Las exigencias al principio son las siguientes: las personas deben estar bien cuidadas para poder trabajar y así mantener la economía funcionando, lo que a su vez permite satisfacer sus necesidades. Sin embargo, cuanto más tiempo persista la pandemia y con ella las medidas para contenerla, más se disuelve la ambigüedad, como ya hemos mencionado al hablar de la sustitución. Además, reducir

Por otro lado, con el uso generalizado de máscaras, ¿se afianzará realmente la «ilusión de romper las barreras y las distancias sociales»?

¿Qué significa en profundidad cuando hablamos de máscaras mortuorias? El individuo ya no es sólo una apariencia, ya no tiene que serlo, sino que conserva algo de la vida, activando el deseo y la nostalgia que aún vive...

Por último, sería conveniente examinar la relación que puede haber entre la máscara y el disfraz, pero esto no puede tratarse en el contexto de este texto.

la naturalidad es una forma de salir de la ambigüedad, y la artificialización se impone como el medio para eliminarla.

Ya hemos señalado que las desigualdades sociales son muy evidentes e incluso se están acentuando, por lo que está desapareciendo toda ambigüedad sobre la inexistencia de barreras sociales y sobre la igualdad entre los seres humanos.

Es con la aplicación del confinamiento que se revela más agudamente la elevación de toda ambigüedad.⁴³ Así, Sylvia Duverger, utilizando la obra de Natacha Chetcuti Osorovtz, declaró: «no estamos en prisión, sino confinados».⁴⁴ Esto es lo que normalmente le sucede a toda la gente que vive en las ciudades, especialmente en las grandes, las megalópolis. Es como si estuvieran sometidos a una sentencia de la que no conocen la causa. Ello también revela la realización de la represión en nombre de nuestro propio bien, con el triunfo de la artificialización que se logra a través del teletrabajo, la ya mencionada teleeducación y el distanciamiento, que puede incluso justificarse en nombre de la reducción de la contaminación. Esto causa una gran desorganización de la vida económica y social, pero es, sobre todo, la represión de los impulsos y de la afectividad de los hombres y mujeres con el ocultamiento de los enormes sufrimientos que esto induce particularmente para los ancianos de las residencias de adultos mayores (EHPAD en Francia), así ya aislados de sus parientes, lo que puede acelerar su muerte. El confinamiento significa encerrar, lo que puede llevar a la asfixia y la muerte como en el caso del COVID-19.

43 En *Positionnement* abordé la posibilidad de operar una afirmación sin ambigüedad al abandonar la dinámica de la enemistad.

En lo que concierne al confinamiento, muchos han señalado que se trata de una medida extrema y que podría haberse hecho de una manera menos draconiana. En efecto, sobre todo en Francia, se debe a la voluntad de organización y a la incapacidad de aplicar otras medidas como el seguimiento (muy discutido) realizado en Corea del Sur o en Alemania.

44 Me di cuenta de esto en el Club Mediapart. Es una cuestión de mujeres, pero también es cierto para los hombres.

La inhibición o incluso la negación de la vida afectiva conduce a la obsolescencia de la humanidad teorizada por G. Anders —de quien hemos hablado a menudo en otros escritos—, y a la desaparición de la especie animal *Homo sapiens*, como afirmó A. Leroi-Gourhan en *El gesto y la palabra* en 1965. «Por consiguiente, es necesario concebir un *Homo sapiens* completamente transpuesto, y parece que estamos siendo testigos de las últimas relaciones libres entre el ser humano y el mundo natural. Liberado de sus herramientas, de sus gestos, de sus músculos, de la programación de sus actos, de su memoria, liberado de su imaginación por la perfección de los medios televisivos, liberado del mundo animal y vegetal, del viento, del frío, de los microbios, de lo desconocido de las montañas y de los mares, el *Homo sapiens* de la zoología está probablemente cerca del final de su carrera.»⁴⁵

El otro aspecto no menos peligroso es el control constante y más eficiente de la población. El aumento de la vigilancia, posible gracias a los avances de la tecnología de la información, permiten un rastreo del que será difícil escapar —con el desarrollo en un futuro próximo de la identidad digital y la utilización de la red 5G—, y al que se agrega el uso de drones, así como la utilización de nuevos medios para combatir a los que se levantan contra este orden infernal, impidiendo cualquier posibilidad de enfrentamiento al crear un fenómeno de distanciamiento que revela toda su dimensión de enemistad y asimetría en la confrontación: los seres humanos al servicio del orden podrán protegerse y los manifestantes serán cada vez más incapaces de atacarlos. En resumen, es la realización de un despotismo ligado a una reafirmación momentánea del Estado, que se manifestará de manera cada vez más solapada gracias a la economía que creará una organización represiva, como toda organización social, buscada desde hace

45 Trasplantado, es decir, hecho en órganos artificiales; también se podría decir transferido. Ya hemos citado y comentado este texto en *Gloses I*.

milenios. La guerra contra el virus no logra enmascarar la guerra civil latente.

El control y la vigilancia que van a la par, aumentan a medida que crece la población humana.

En la dinámica del confinamiento siempre prevalecerá la enemistad, como suele ocurrir en las relaciones humanas, pero mientras permanezca una cierta naturalidad, la ambigüedad persistirá. Es necesario que ella llegue entonces hasta el final para eliminarla, llevando así al riesgo de extinción de la especie.

Esta pandemia estalló en medio de una crisis económica, que se ha vuelto prácticamente perpetua con la instauración de la forma autonomizada del capital: nada se interpone en el camino de la dinámica del crecimiento económico continuo, y este se refuerza. De ahí la comparación que se hace a menudo con crisis históricas como la de 1929 e incluso con las guerras que a menudo se produjeron para resolver una crisis económica. También se podría plantear la cuestión de las epidemias de guerra, porque la epidemia se vive como si fuera un conflicto bélico. Por otra parte, las medidas adoptadas contra el COVID-19 acentúan la crisis dejando en evidencia que los hombres y las mujeres son necesarios, lo que dará lugar a nuevos intentos de eliminarlos, de volverlos obsoletos.

La crisis ha dado lugar a una gran empatía por parte de un amplio número de hombres y mujeres, que en algunos casos puede haber provocado su muerte, y de una solidaridad, lo que indica que la naturalidad sigue siendo operativa en la especie, pero insuficiente para eliminar la ambigüedad en su totalidad. Es por esto que la especie saldrá de ella debilitada y receptiva a otras pandemias, excesivamente artificializadas e hipercontroladas, lo que aumentará su riesgo de extinción.

Con el confinamiento de la población hemos constatado una disminución de la contaminación atmosférica, de los niveles de CO₂, un aumento de las apariciones de animales que antes eran apenas visibles, pero desgraciadamente todavía persiste el uso de

los pesticidas e insecticidas. Probablemente se necesitará otra crisis como la que estamos experimentando para alcanzar su eliminación.

También se desprende que las consecuencias de la pandemia y las medidas que ha inducido significan activamente para el *Homo sapiens* lo que es necesario hacer para regenerar la naturaleza:⁴⁶ la especie tendrá que limitar el tamaño de su población e imponer la contención para dejar más espacio a otros seres vivos.

Al final del confinamiento, los individuos intentarán encontrar un lugar en el corpus social, pero les será difícil encontrar el anterior. Esto es lo que sucedió de manera similar para la especie en la ruptura con el resto de la naturaleza.

Esto también significa que estamos experimentando la puesta en práctica de una gran discontinuidad.

Para comprenderlo, podemos mirar el fenómeno en su conjunto de una manera diferente, en complementariedad con lo que le precede. Teniendo en cuenta lo que escribimos sobre el levantamiento de la vida durante el movimiento de mayo–junio de 1968, y teniendo en cuenta que lo fundamental en el caso de la pandemia no es el virus sino el estado de descalabro en el que se encuentra la especie después de miles de años fuera de la naturaleza, entra en conflicto con ella y su destrucción, que es también la destrucción de la naturalidad de cada uno, fenómeno que se ha acelerado en los dos últimos siglos y que se ha autonomizado desde los años ochenta del siglo pasado, podemos afirmar que es como si el cuerpo de la especie nos dijera que ya no puede soportar lo que se le inflige, que ya no puede asegurar la guerra, que está entrando en una depresión y que ya no puede soportar la artificialización.

Es como si los hombres, las mujeres e incluso los niños hubieran hecho “huelga” para rechazar el dictado del mecanismo infernal que los oprime, una huelga que tomó a todos por sorpresa, incluso

46 No podemos olvidar que la salud del planeta va de la mano con la salud de las especies; no se pueden separar.

a los dominantes, que también, en menor grado, sufren la misma situación, y como todo el mundo tienen miedo a la muerte (un remanente de la naturalidad común a todos). Se trata, bajo una forma pasiva, de un inmenso rechazo. No obstante, es a partir de ahí que puede iniciarse otra dinámica de vida.⁴⁷

En consecuencia, al principio quienes dominan no pudieron hacer nada, pero tan pronto como el choque inicial fue absorbido, comenzaron a manipular y tratar de detener la pandemia a través del confinamiento y otras medidas llamadas de protección —todas ellas cuestionables— porque lo esencial para ellos es caminar en la virtualidad que sigue la dinámica de la economía (la dominación del capital ha sido reemplazada por la de su forma autonomizada), ya que es de esta forma que piensan que se están salvando a sí mismos y a la humanidad. Pero esto requiere un control y una vigilancia cada vez mayores de los hombres y mujeres que, por sí mismos, dada su naturalidad restante, son incapaces de “liberarse”. Es necesario reprimirlos para poder salvarlos. Además, para controlar a los hombres y mujeres, su salud debe ser controlada e incluso creada artificialmente para ellos, con vacunas, por ejemplo.

A partir de esto podemos suponer que la pandemia se convierte en una entidad psíquica como la plaga para Antonin Artaud: «una especie de entidad psíquica que no estaría relacionada con un virus».⁴⁸ No puedo negar la existencia del virus, pero diré que revela la existencia de una entidad psíquica, manifestándose inconscientemente, un malestar interno dentro de la especie del que intenta inconscientemente liberarse. Este malestar incluye la insatisfacción vinculada al sentimiento de incompletitud, el odio a sí mismo determinado por este sentimiento de carencia, la puesta en dependencia, la ambigüedad de esta porque al mismo tiempo se manifiesta una gran megalomanía, la soledad, todo ello

47 Traté este tema en *La séparation nécessaire et l'immense refus*, 1979.

48 En *El teatro y su doble*, comentado en *Glosas III*.

determinado por el corte con el resto de la naturaleza generando un sentimiento inconsciente de culpa.

Esta “entidad psíquica” proviene probablemente también del desacoplamiento entre el gesto y la palabra, del hecho de que el primero es cada vez más proporcionado por las máquinas y que la segunda se ha vuelto autónoma en una especie de compensación, pero no logra eliminar el sufrimiento causado por la obsolescencia que refuerza el malestar del que hablamos.

Esta depresión generalizada puede ser el preludio de un retorno de lo reprimido causado por esta discontinuidad, que crea un bloqueo y favorece un retorno del pasado. En esto nos basamos para iniciar una inversión⁴⁹ que permita abolir toda extinción, sobre todo si al mismo tiempo abandonamos la dinámica de enemistad que podría surgir entre los partidarios de la artificialidad y los de la naturalidad.

Sólo si sentimos y vivimos plenamente el riesgo de extinción, si nos hacemos plenamente conscientes de ello sin sentirnos culpables de los horrores que hemos cometido durante nuestra errancia, podremos ponerle fin, efectuar una subversión de la vida e iniciar la inversión saludable para nosotros y para la naturaleza, todos los seres vivos (incluidos los virus), y continuar nuestro viaje a través del cosmos.

49 Véase *Inversion et dévoilement*.

**LA SALUD COMO PROCESO.
CARTA DE UNA ENFERMERA
FAMILIAR Y COMUNITARIA**

*Alba Campos Lizcano*⁵⁰

Mayo de 2020. Barcelona

No. Los profesionales sanitarios no somos superhéroes ni superheróinas. Para el Estado, los profesionales sanitarios mantenemos los cuerpos productivos del sistema capitalista lo más “sanos” posibles para que sigan siendo fuerzas del trabajo y sigan produciendo capital.

El sistema sanitario no se ha saturado ahora. El sistema sanitario ya estaba saturado antes del coronavirus y la pandemia del miedo. Esta situación excepcional, ha hecho que la saturación culmine. Los recortes y la falta de valor que el Estado ha venido poniendo al proceso de salud, a la promoción de entornos saludables, a la sanidad y a sus profesionales ha hecho que la situación nos sobrepase.

No es lícito que sigamos manteniendo este sistema sin las condiciones pertinentes para protegernos, sin los equipos de pro-

50 Publicado en el periódico anarquista *Aquí y ahora* nro. 9.

tección adecuados para poder evitar más contagios. Si nosotras nos infectamos, infectaremos al resto. Y no es la caridad quien tiene que abastecernos de mascarillas artesanales. Nos jugamos nuestras vidas, las de nuestras familias y las de las personas con las que convivimos. La caridad es un parche que legitimará que los de arriba sigan manteniendo su poder. Se aprovechan de la solidaridad del pueblo para seguir manteniendo sus políticas basura.

Los medios de comunicación nos inyectan la enfermedad del miedo y, a cambio, glorifican a las personas que trabajan como voluntarias. No puede ser la caridad lo que sustente al sistema, aunque estemos en una situación excepcional o “estado de alarma”. El capitalismo, el estado y la corona nos tienen explotadas y engañadas. Sobreviven y se enriquecen a nuestra costa.

La salud como proceso: nos quieren enfermos

El proceso de salud es un proceso, tal cual. Un proceso que depende de entornos saludables. Cuando hablo de entornos saludables me refiero a la calidad de los cuidados que podamos dar a nuestros seres queridos, en los que se incluye el tiempo y el espacio dedicado a la alimentación y a escoger los alimentos que comemos.

Cada anuncio publicitario nos incita a “consumir enfermedad” para obtener placer. Es tan accesible acceder a la enfermedad que nos la venden en máquinas expendedoras de productos comestibles y refrescos en las instituciones sanitarias, educativas y laborales. No tiene sentido que cueste menos una Coca Cola o cualquier chocolatina que dos piezas de fruta que tengan algo de sabor. La crisis del sabor que promueve y legitima la industria alimentaria tiene un gran impacto en nuestro proceso de salud, en la capacidad a la hora de tomar decisiones sobre qué comemos y en las adicciones que nos generan a ciertos alimentos cuyo ingrediente principal es el azúcar. Nos quieren adictos desde bien pequeños. Sólo hay que ver la publicidad y el marketing publicitarios de los productos

comestibles dirigidos a niñas y niños, desde bollería hasta “yogures” y zumos que generarán potenciales enfermos que, antes o después, serán carne de la industria farmacéutica.

Es bien sabido que ambas industrias van de la mano y tienen muy buena relación con el Estado y sus políticas “promotoras de salud”. Cabe destacar aquí también los conflictos de intereses entre la industria alimentaria, universidades y asociaciones médicas “científicas”, como la Asociación Española de Pediatría, la Fundación Española de Nutrición, la Fundación Española del Corazón (promovida por la sociedad española de Cardiología), la Sociedad Española de Médicos de Atención Primaria, la Fundación para la Diabetes y la Sociedad Española de Endocrinología y Nutrición, entre otras. La industria inyecta dinero y estas sociedades y/o fundaciones celebran sus congresos a cambio de legitimar sus productos a costa de nuestra salud.

Ansiedad y depresión en la sociedad del hiperrendimiento. La violencia neuronal es sistémica, es una violencia inmanente al sistema.

El tiempo y espacio para construir vínculos reales también es salud. Una salud a la que cada vez nos es más difícil acceder. Los ritmos de vida tan acelerados que llevamos, el *multitasking*, llegar a tiempo a todo: ser una super madre, super trabajadora, comer super sano, hacer ejercicio, cumplir con los ideales de belleza, trabajar la mayor parte de tu tiempo y aguantar las presiones de tu trabajo y de tu jefe/a, supone un estrés que también tendrá un impacto en nuestros procesos de salud y nuestro sistema inmunitario.

Esto lo define muy bien Byung-Chu Han en su libro *La sociedad del cansancio*, en el que distingue la interpretación inmunológica de la enfermedad de hace unos años —en la que se declaraba la guerra a todo lo que era extraño (virus y bacterias)— de la “enfermedad neurológica” actual —que nos viene dada intrínsecamente por la superproducción, el superrendimiento (laboral, lúdico y sexual) o la supercomunicación.

La violencia neuronal es sistémica, es una violencia inmanente al sistema. Una violencia que nos lleva a que la mayor causa de muerte externa sea el suicidio. En el estado español, en 2019, se suicidaron una media de diez personas al día, tendencia que va en aumento desde el año 2018. ¿Son suicidios o asesinatos del propio sistema en el que vivimos? Actualmente, la ansiedad y la depresión no son problemas individuales ni aislados, son una auténtica pandemia que crece de forma descontrolada en todo el mundo.

La ansiedad y la depresión nos vienen dadas por la presión de la productividad y el consumo. El capitalismo nos incita a la productividad constante, a aprovechar bien el tiempo, a “no parar de hacer” y “estar felices siempre”. Si estas triste, no serás productivo. Por otro lado, querer llegar a “todo lo que podríamos hacer”, “todo lo que el capitalismo nos ofrece”, es lo que nos evoca a la ansiedad. Nos auto explotamos con nuestra necesidad impuesta de hiperrendimiento. Si no llegamos a todo —obviamente es imposible— nos viene la frustración y, con ello, la depresión.

La ansiedad y la depresión junto con otras patologías relacionadas con la alimentación y el estilo de vida, como son la obesidad, hipertensión, diabetes, y las comorbilidades que generan, no son problemas individuales ni aislados; son problemas colectivos que cada vez están más extendidos a nivel mundial. Son una auténtica pandemia provocada por el capitalismo. Estos cuerpos, sometidos a tanta violencia, ¿cómo podrán responder ante un virus?

El aislamiento no es salud.

Relacionarse a través de pantallas, tampoco

Antes que el capitalismo impusiera la familia como modelo organizativo, aisló a los individuos para mecanizar sus cuerpos como fuerzas de trabajo. La población moría por semejante esclavitud y apenas tenían descendencia. Las fuerzas productivas de trabajo cada vez eran menos. Fue entonces cuando el capitalismo organizó

a los individuos aislados en familias. El capitalismo creó el modelo de familia para poder controlar más fácilmente a la población, aboliendo así cualquier forma de asociacionismo comunitario que había existido hasta entonces. También separó los territorios comunales —de la comunidad— en propiedades privadas que cada familia trabajaría a cambio de dinero. Cualquier disidencia en los modelos impuestos, como negarse a trabajar y a mercantilizar sus vidas, llevó a nuestros antepasados a ser quemados en la hoguera, sobre todo a las mujeres que fueron consideradas brujas. Este modelo, que empezó a imponerse alrededor del siglo XV se perpetúa hasta la actualidad. En estos momentos, muchas personas están ahora forzadas por el Estado a convivir con sus abusadores. Ahora, quien tenga familia, quedará recluido, confinado en su casa (quien la tenga), independientemente de que el entorno en el que nos obligan a confinarnos sea más o menos violento.

Nos imponen el aislamiento y el individualismo e imposibilitan cualquier tipo de sentimiento comunitario. No les interesa. Haciendo referencia a Debord, en *La Sociedad del espectáculo*: «El sistema económico basado en el aislamiento, es una producción circular de aislamiento. El aislamiento funda la técnica y, en consecuencia, el proceso técnico aísla. Desde el automóvil a la televisión, todos los bienes seleccionados por el sistema espectacular constituyen sus armas para el refuerzo constante de las condiciones de aislamiento de las muchedumbres solitarias.»

La salud es un proceso que va mucho más allá que la guerra contra un virus. El virus del capitalismo es una auténtica pandemia. Junto con el coronavirus nos inyectan el virus del miedo, de la separación: el virus del rechazo a lo humano, de la individualidad y el individualismo. Quieren que tengamos una distancia mayor de un metro para poner una pantalla en el medio y que cada vez sea más difícil crear vínculos reales. Siembran el miedo para imponernos las relaciones virtuales a través de las pantallas, haciendo las relaciones cada vez menos humanas. ¿Tenemos entornos que

realmente promuevan la salud? O, por el contrario, ¿nos inyectan la enfermedad en vena? Nos inyectan la enfermedad a través del miedo, de la esclavitud del trabajo y del consumo. Las condiciones en las que nos obligan a vivir son insalubres. Las necesidades básicas de gran parte de la población están sin cubrir, y para poder cubrirlas, nos obligan a esclavizar nuestras vidas. El acceso a la vivienda es la necesidad más básica y la más difícil de tener cubierta. Crear las vidas que queremos vivir es algo impensable. Trabajar para poder consumir en los ratos libres es el modelo que nos imponen. Crear vínculos reales es cada vez más difícil, ya que el tiempo “libre” se ha convertido también un espacio de consumo. Nada de esto generará nunca salud.

Estado del bienestar: esclavitud y ocio de consumo

El estado del bienestar nos garantiza tener las necesidades más básicas “cubiertas” a cambio de esclavizarnos. No nos sale gratis mantenerlo, se nos van nuestras vidas en ello. El sistema capitalista nos impone cuándo hemos de ser productivas y cuándo podemos disfrutar de un ocio de consumo. Esto no entra en ningún parámetro de libertad más allá que la libertad para producir y para mantener este modelo de sistema, que no nos favorece en absoluto. ¿En qué sistema vivimos que no es capaz de sobrevivir a unos días de inactividad productiva?

Es momento de parar y de pensar qué estamos haciendo. De bajar de la rueda del hámster y de ser creativas para crear la vida que queremos vivir, y no la que nos imponen. La vida que nos imponen es la que les sostiene, es la que nos enferma manteniendo el capital. Se trata de compartir la libertad, aunque estemos en una celda.

El pueblo organizado es mucho más potente que un Estado. Al pueblo organizado, cuando le dejan tiempo y espacio para generar consciencia sobre la vida que le imponen, puede llegar a conocer qué necesidades tiene y, si elegimos el camino de la cooperación y

la organización, podremos aprender cómo resolverlas sin la necesidad de un ente paternalista y protector: el estado del bienestar. En estos días de confinamiento, pensemos qué vida estamos llevando y pensemos en qué vida queremos crear, más allá de los límites que nos han impuesto y que tenemos tan interiorizados. Los lemas “trabajar es salud” y “el trabajo dignifica” ya han pasado a la historia. El trabajo nos esclaviza. La responsabilidad social, la cooperación y el apoyo mutuo y la autoorganización será lo que deslegitime al Estado y al sistema capitalista, creando un modelo de vida nuevo y desconocido, que, aunque dé miedo, si lo caminamos juntas, estaremos cada día un poco más cerca de la libertad.

CORONAVIRUS Y TRABAJO

Boletín La Oveja Negra
1 de mayo de 2020, Rosario

Las medidas tomadas en torno al coronavirus⁵¹ por los Estados y las empresas han agudizado la precariedad y la miseria a las que diariamente nos somete el trabajo. Todos los pronósticos indican terribles tiempos para la clase proletaria: desempleo en aumento, reestructuración y flexibilización laboral. El tóxico y contradictorio mundo del trabajo nos expulsa, pero a la vez nos necesita. Y por eso nos chantajea, empobreciendo constantemente nuestras condiciones de vida.

Durante la cuarentena, diversas modalidades de trabajo a distancia se han impuesto sin remuneración adicional alguna, y con escasa o nula capacitación. La adaptación forzada al trabajo vía internet es una realidad para millones de trabajadores empleados por empresas privadas e instituciones del Estado. Sumado a la separación de los compañeros de trabajo, esta situación desdibuja

51 Para profundizar en torno a diversos aspectos de la situación actual ver *La Oveja Negra* nro. 69: *Coronavirus y cuestión social*. [NdE: Incluida como anexo en *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China*, Lazo Ediciones, 2020.]

aún más los límites entre la actividad laboral asalariada y el resto de la vida.

La burguesía mundial lo expresa mediante sus voceros y gerentes. Hablan de comercio electrónico, de logística. Pronostican y perfilan una vida más sedentaria, con educación a distancia y con las “bondades” del teletrabajo. Señalan el “ahorro” en transporte para quienes trabajan desde sus casas, pero no el de las patronales en particular y el del sistema capitalista en su conjunto.⁵²

En el ámbito doméstico experimentamos una mayor presión, sea por una intensificación de las tareas domésticas —por ejemplo la educación y cuidado de los niños, o los problemas de salud frente a la reducción de la atención en los distintos sectores—, o bien a nivel laboral, trabajando desde casa, absorbiendo los efectos del desempleo, o las enormes dificultades para el trabajo informal en una situación de confinamiento.

El servicio de entregas a domicilio, con su precariedad distintiva, y las empresas de comercialización vía internet, se expanden notablemente a raíz del aislamiento social. La presente situación nos recuerda el profundo significado del fetichismo mercantil, a través del cual las relaciones sociales son en verdad relaciones entre cosas a través de las personas: sólo las mercancías siguen circulando, y a las personas únicamente se les permite circular en carácter de mercancía fuerza de trabajo. Algunas por imposición, como trabajadores que realizan “actividades esenciales”, otras porque no les queda opción, como aquellos trabajadores informales que salen por necesidad y quedan expuestos a ser sancionados. Del trabajo se escapa como de la peste, y más aún si existe un riesgo adicional. Pero para la gran mayoría de proletarios en todo el mundo no hay alternativa por más subsidios miserables o discursos acalorados sobre rentas universales e impuestos a la riqueza.

52 Estas fueron afirmaciones realizadas por el presidente Alberto Fernandez, en una entrevista para *Perfil* y *Net TV* publicada el 12 de abril, a las que agregó que el peronismo será «el partido de los trabajadores y de los teletrabajadores».

Los numerosos conflictos laborales frente a los despidos, suspensiones, recortes, licencias y condiciones de trabajo, se enfrentan a una economía de guerra, donde los sindicatos y “movimientos sociales” repiten al unísono el discurso sacrificial del Estado y de la patria. El miedo se ha hecho carne y es un terrible impedimento para la reflexión y la acción colectivas. Los pronósticos hablan de cientos de millones de desempleados a nivel mundial a causa de las medidas tomadas en relación al coronavirus, y del aumento brutal de la pobreza sobre la miseria ya existente. Se insiste, sin embargo, en que todo es en defensa de la salud y la vida.

El aislamiento masivo nos somete a una de las mayores situaciones de impotencia proletaria a nivel mundial de la historia. No se trata solo de discursos de guerra y llamados ciudadanistas por el bien común. La lucha misma se vuelve una actividad ilegal. Traslados, reuniones, movilizaciones, y hasta las expresiones vía internet son censuradas y reprimidas.

Este Primero de Mayo, jornada histórica de lucha proletaria a nivel mundial, debe recordarnos incluso en los tiempos más adversos, que solo la lucha puede cambiar nuestras condiciones de existencia. Que la lucha por emanciparnos del trabajo es tan urgente como lo es un plato de comida o el cuidarnos de una enfermedad. Es necesario romper el aislamiento, preservar nuestra sociabilidad, los espacios de organización y retomar las calles. Para enfrentar al Capital y todas sus pestes. Toda lucha tiene riesgos y responsabilidades, que a diario asumimos colectivamente. Quedarnos a merced del Estado será siempre nuestra peor opción.

**SOBRE EL CONTAGIO DE LOS DISCURSOS.
NO NOS SALVARÁ LA CIENCIA, NI
EL ESTADO, NI EL CAPITAL.**

Biblioteca La Caldera

12 de junio de 2020, Buenos Aires

«Un cuerpo científico al cual se haya confiado el gobierno de la sociedad, acabará pronto por no ocuparse absolutamente nada de la ciencia, sino de un asunto distinto; y ese asunto, el de todos los poderes establecidos, será el de eternizarse haciendo que la sociedad confiada a sus cuidados se vuelva cada vez más estúpida, y por consecuencia más necesitada de su gobierno y de su dirección.»

Mikhail Bakunin, Dios y el Estado

Asistimos a un momento donde la realidad se nos plantea como una dicotomía en la que de un lado están quienes ven en la pandemia del coronavirus el principal problema que actualmente enfrentamos como humanidad, mientras que, por otro, solo se hace hincapié en el avance del control sobre nuestras vidas, con la

declaración de la pandemia y la extensión de la cuarentena como excusa perfecta para este fin.

Creemos que, así como es poco probable que el virus sea parte de una conspiración, tampoco es probable que los números de muertos e infectados sean falsos.

Sabemos que hay muchos férreos detractores de la cuarentena que solo añoran la libertad de ver crecer sus ganancias, y que probablemente encuentren la empatía de muchos que preferirán exponerse antes de no poder vender su fuerza de trabajo: tal es la fuerza de la valorización que impone el capital, una sociedad donde no importa que sobre comida, solo comeremos si tenemos dinero para pagarla. También nos encontramos con teorías extravagantes y discursos incapaces de reconocer que toda esta crisis es bien propia del modo de producción que vivimos, su relación con el hábitat y el modo en que se privilegia la reproducción de capital sobre nuestra salud y la del planeta. No hace falta un plan maquiavélico para que todo esto suceda, todo es propio de un sistema que lleva sus contradicciones al límite.

No tiene sentido que sigamos confiando en el capitalismo y sus instituciones, los números, tanto como las políticas sanitarias, operan bajo la lógica del capital. A pesar de esta realidad, existe entre nosotros una fe en las instituciones que provoca la perpetuación del miedo y la pasividad. Incluso cuando hay un cuestionamiento y se sospecha de la dirigencia y de las medidas tomadas, lo que en el fondo se expresa es la fe en que sí habría una forma mejor de que funcione la sociedad capitalista. “Debemos crear un capitalismo donde todos ganen”, diría cualquier charlatán que guste decir lo que todos quieren escuchar; pero eso no es posible, solo algunos obtienen ganancias en el capitalismo y eso determina profundamente nuestra existencia en esta sociedad.

Esta fe no es producto de nuestra inocencia o falta de voluntad. Dependemos materialmente de esas instituciones y toda nuestra vida está atravesada por ellas, a tal punto que terminamos naturali-

zando su existencia u olvidando que son parte de los engranajes de este sistema, incluso cuando nos asiste paliativamente con atención médica y alimentos o cuando mejoran el sistema de transporte o ponen más policía en la calle: siempre será para garantizar la reproducción de la economía.

Entramos en un callejón sin salida si nuestro descontento es canalizado por las vías donde se habla el idioma de lo existente, y no porque el estado sea una cueva de gente mala (bueno un poco sí) sino porque es la manera que halló el capital a nivel global de expresar su dominio, en cada región con sus particularidades. En los últimos años, viene manifestándose cierta “desconfianza” en las instituciones, claros ejemplos son regiones como Chile, Francia o las recientes protestas contra la violencia policial racista en los Estados Unidos. Esta desconfianza debe ser capaz de ir más allá y plantearse la necesidad de la abolición de esta sociedad sino queremos solamente redecorar el escenario de la catástrofe del mundo (por más que ese decorado esté hecho con enfrentamientos violentos o espectaculares movilizaciones).

Y no, tampoco esta vez podemos confiar en que nos salve la ciencia —y acá debemos expresar nuestra diferencia con la cita que colocamos al principio de nuestro querido Mikhail y su confianza en una ciencia correcta. No se trata de científicos más confiables que otros, o de que estén todos corrompidos por empresas transnacionales. Se trata de comprender que es imposible salvar una forma de entender el mundo separándola de la forma social que la creó.

Más allá de que en algunas cuestiones coincidiremos (en otras no) con la “comunidad” científica —como podemos coincidir con análisis económicos o con críticos del estado que provengan de las ciencias sociales— estas especializaciones son formas que se despliegan en el seno del capital para satisfacer sus demandas y en ese sentido es que se desarrollan.

Claro que los números hablan, pero no sólo podemos evaluar una situación a través de éstos, negando nuestra experiencia y las voces

de proletarias y proletarios que manifiestan sus necesidades. Hay cuestiones que no se pueden simplemente cuantificar en muertes, porque hay un trasfondo que es imposible poner en un gráfico. Ni el femicidio, ni el aborto clandestino, ni las muertes por accidentes laborales serían un problema de magnitud si nos guiamos por las estadísticas, ya que porcentualmente no es significativo el número de personas que mueren por esas causas en relación al total de la población. Y, sin embargo, sabemos que la violencia hacia las mujeres es real y preocupante, así como la violencia del trabajo asalariado, nos asusta, nos afecta, nos da rabia. Nuestras luchas no pueden valerse de las cantidades que muestra un gráfico, se trata de la calidad de las vidas y las relaciones que queremos vivir.

Con el coronavirus, la ideología dominante desde los especialistas del estado y las usinas de la comunicación, equiparan, no inocentemente, virus con enfermedad, enfermedad con muerte, vida con consumo y trabajo. No vamos a negar la virulencia del COVID-19 pero tampoco su baja tasa de mortalidad que puede ser aún menor, de confirmarse que en realidad hubo más personas que se contagiaron y no presentaron ni síntomas. Esto es lo que confirma que el virus puede estar y puede sernos indiferente tanto por medidas de prevención como por estar fortalecidos inmunológicamente (nuestro sistema inmunológico está tan estrechamente vinculado a nuestro estado de ánimo, a nuestra actividad física, a la calidad de nuestros alimentos, a nuestro buen descanso, que no hace falta decir lo bombardeado que se puede estar ante el exceso de trabajo y veneno al que solemos estar expuestos).

¿Por qué los estados del mundo han optado por parar casi por completo la producción durante semanas enteras aun a costa de perder mucho dinero? No lo podemos decir con certeza, pero si han sido desde su origen guardianes del capital la memoria histórica de nuestra clase indica que no hay por qué pensar que esta vez se trata simplemente de cuidarnos. Del mismo modo nos podríamos preguntar por los beneficios económicos de la cuarentena, en

cuanto a las posibilidades que otorga el teletrabajo en beneficio de las empresas y la precarización laboral.

Frente a todo esto, empujados por el miedo y el bombardeo mediático, estamos entrando en una nueva etapa donde, los consejos de la ONU, la OMS, los estados y las grandes corporaciones farmacéuticas encuentran un inusitado respeto, son la nueva Santa Iglesia Católica que nos dice cómo hay que vivir y quien dude o cuestione sus discursos es considerado un hereje.

Denunciar las ventajas que en esta situación obtienen estos enclaves que organizan las fuerzas laborales para el capital son actitudes “conspiranoicas” incluso para algunos compañeros. ¿En qué momento dejamos de ver en la policía una fuerza de control y represión para aceptar que ahora patrullan masivamente las calles porque nos están cuidando?

Aunque la burguesía no actúa como un solo cuerpo, es innegable que existen sectores de la misma organizando y reorganizando la sociedad, que advierten el desarrollo de situaciones y reaccionan ante las mismas, incluso contradictoriamente entre distintos sectores de la producción, las finanzas o representantes del estado.

Los procesos organizados existen. ¿O vamos a negar también que, por ejemplo, en los 70 en América Latina hubo un plan sistemático de desapariciones, asesinatos y apropiación de bebés? No podemos entender esos hechos como una conspiración fantasiosa, sino como la coordinación de un conjunto de intereses, para el desarrollo del capital, que significó la masacre y desaparición de cientos de miles de personas y la imposición de una “nueva normalidad” en los países de la región.

Sí, el capital adopta diferentes formas de administrar recursos (entre ellos los humanos), pero hay mandos que toman y dirigen esas decisiones. No es un despersonalizado mandato de la ganancia ni una mano invisible enemiga. Las formas sociales que van tomando esas manifestaciones del capital incluyen esas formas que se insisten en defender. Y el relato científico es una de ellas.

LA CAPITULACIÓN IMPUESTA A LAS SOCIEDADES OCCIDENTALES DEL NUEVO DESPOTISMO

*Gianfranco Sanguinetti*⁵³
27 de junio de 2020. Italia

«Que nos dan a entender que está mal hablar mal
del mal, y que es bueno vivir bajo su obediencia.»

*Maquiavelo, Discursos sobre la primera
década de Tito Livio, Libro III*

Los extraordinarios progresos realizados en unos pocos meses por el nuevo Despotismo en su abrumadora afirmación en las sociedades occidentales, gracias al virus, habrían llevado años en una situación normal, suscitando oposición violenta e interminables luchas en todas partes. Se regodea el patrocinador del Foro Económico Mundial de Davos, Klaus Schwab: «Un lado positivo de la pandemia es que ha demostrado lo rápido que podemos hacer cambios radicales en nuestro estilo de vida... Debemos hacer uso

53 Traducción: José Sagasti. Revisado por Lazo Ediciones.

de ello para asegurar el Gran Reset que tanto necesitamos. Esto requerirá gobiernos más fuertes y efectivos...»⁵⁴

Los poderes del Estado, ya desacreditados, cuando no abiertamente vilipendiados, se han reforzado más allá de todo límite imaginable, irrumpiendo en la vida de la población: ningún gobierno ha dudado en romper y violar la Constitución del Estado, ningún “garante” y ningún partido se ha opuesto realmente, muchos miles de millones se han creado de la nada y han cambiado de manos, misteriosas amenazas han tenido evidentemente su efecto en todas partes, con la solitaria excepción de Suecia. Todos han obedecido las sucesivas erráticas, inciertas y contradictorias, pero siempre despóticas, directivas de la Organización Mundial de la Salud —desde hace mucho tiempo devenida en una corporación privada— que, *sine titulo*, tiraniza y exige dinero, gravando a diferentes Estados, comprando gobiernos, parlamentos enteros y toda la información *mainstream*. Su director está acusado en reiteradas ocasiones de haber cometido crímenes de lesa humanidad en Etiopía.⁵⁵ Su socio de referencia, Bill Gates, en el delirio de omnipotencia que le confiere el nuevo poder ilegalmente alcanzado, declaró el pasado mes de abril, en pleno confinamiento, que no será posible restablecer los derechos de las personas hasta que toda la población mundial sea vacunada. Dado que la OMS es la pantalla de un poder supranacional, aquella puede comprar las políticas de los gobiernos, imponer medidas y condiciones, instaurar la censura, determinar el direccionamiento y la investigación en materia de salud, modelar el mundo, exigir a las clases dirigentes de los diferentes países lo que le convenga. La OMS está llevando a cabo de facto el primer golpe de Estado mundial en la historia universal, imponiendo su necropolítica en todas partes.

54 *È il momento di premere il tasto reset, Proyect Syndicate*, 3 de junio de 2020.

55 *The Crimes of Tedros Adhanom, Rough Estimate*, 25 de marzo de 2020; *Open Letter to the Government of Ethiopia*, Human Rights Watch, 4 de noviembre de 2016.

La militarización de la información

Pero hay una cuestión especialmente delicada que implica a todos los países occidentales más afectados por la pandemia —que son también los países más ricos y, cabe suponer, más instruidos del mundo—: esta cuestión particular parece preocupar a la OMS y a los gobiernos mucho más que las consecuencias del virus, una cuestión en la que los poderes públicos están de acuerdo y no transigen, exigen consenso, toman precauciones y están dispuestos a aplicar severas penas e inéditas censuras. En esto, incluso están preparados para tornarse feroces contra las poblaciones atormentadas. Y esta cuestión es la narración ortodoxa de la crisis sanitaria mundial o, como dice el Ministerio francés, citado más abajo, «el estricto respeto de la doctrina sanitaria»: desde el pérfido murciélago en adelante, a la justificación de la imposición del confinamiento generalizado, de la suspensión de toda actividad, al distanciamiento y a las barreras sociales, desde la reclusión domiciliaria a las terapias infligidas a los enfermos, hasta la cremación de los cadáveres sin funerales, etc. En estos asuntos, nadie tiene derecho a poner en duda la interpretación correcta y oficial de los acontecimientos ni a criticar la acción y reacción de las autoridades públicas, de la OMS, ni el tratamiento o los remedios impuestos. Sobre esta estricta ortodoxia ideológica no se pretende tolerar la menor desviación, la información es militarizada y por lo tanto censurada. Aquí termina toda libre expresión del pensamiento, toda duda y toda crítica conviene ahora que estén muertas: son consideradas crímenes de lesa majestad, herejía, alta traición, insubordinación, *fake news*, todas cosas dignas de un castigo ejemplar. Todo el mundo debe llevar una mordaza, para que los renitentes puedan así ser reconocidos desde lejos y castigados severamente. Nunca antes se había visto tal histeria general.

En Gran Bretaña fue inmediatamente instituida una Unidad de Respuesta Rápida al interior del gabinete, que se encarga de

eliminar de la información cualquier contenido que se considere falso, sin posibilidad de apelación, o incluso simplemente “perjudicial”. ¿Perjudicial para quién?, se puede preguntar. ¿Y por qué? ¿Sólo porque se aleja de la narración divulgada del coronavirus, o expresa dudas sobre la gestión y las directivas de la OMS?

En Italia no se duda en aplicar Tratamientos Sanitarios Obligatorios (TSO) a quien manifieste su disenso, como sucedía en la Unión Soviética: todo aquel que exprese públicamente desacuerdo con las medidas impuestas puede ser arrestado en la calle por la policía y los médicos, quienes, tras haberlo inmovilizado, le aplican una inyección de anestesia en la plaza pública y luego lo encierran en un hospital psiquiátrico, como ocurrió en Sicilia, atado a una cama de contención por tiempo indefinido a discreción no de un magistrado, sino de un simple alcalde, y en otros lugares a discreción de un obispo.⁵⁶ Al mismo tiempo, se ha creado una Guardia Cívica de 60.000 unidades voluntarias para vigilar que la ciudadanía cumpla todas las infinitas disposiciones contenidas en los decretos ilegales emitidos por el Primer Ministro. Las anécdotas ya no se cuentan, pero ayudan a hacerse una idea de la falta de escrúpulos que acompaña la imposición del nuevo Despotismo con todos los matices de miedo y de terror ejercidos *ad hominem*.

No sé si puede ser un consuelo para los italianos saber que incluso en Alemania una jurista y abogada, Beate Bahner, que había juzgado el confinamiento inconstitucional apelando al Tribunal Constitucional, fue encerrada en un manicomio. También en Alemania se censuró un informe⁵⁷ de 93 páginas, encargado por el Ministerio del Interior a médicos y científicos nombrados por ese mismo ministerio. En el informe se señala, entre otras cosas, que «las medidas terapéuticas preventivas nunca deberían causar más

56 “La pandemia non c'è” e gli fanno tso, *inchiesta procura*, ANSA, 11 de mayo de 2020; *Don Loda di Castelletto di Leno, un altro TSO da opinione?*, *Rec News*, 27 de mayo de 2020.

57 *KM4 Analyse des Krisenmanagements*.

daño que la propia enfermedad». En cambio, denuncia este informe, «mueren más personas como resultado de las medidas contra el coronavirus que las que mueren a causa del virus». Los periódicos, tras una primera difusión del informe por parte de un empleado del Ministerio del Interior, han silenciado completamente esta denuncia, y las autoridades han perseguido al delator.

La edificación de una nueva Bastilla

En Francia, donde alrededor de cada elector devenido en paciente se ha erigido una nueva Bastilla a medida, de la cual cada uno es el único prisionero, el Ministerio de Educación de la antigua República francesa ha enviado impunemente circulares amenazadoras y ultrajantes a todos los maestros de escuela de cada nivel con directivas en las que se esboza, sin vergüenza ni reserva alguna, una necro-pedagogía que debe desarrollarse «en estricto cumplimiento de la doctrina sanitaria».⁵⁸ Está sobreentendido que los profesores y maestros que no se sometan al «estricto cumplimiento de la doctrina sanitaria» oficial, serán despedidos. La necro-pedagogía deberá «orientar las discusiones sobre el hecho de que una misma pena golpea a las familias». Los docentes deben estar atentos a «las derivas sectarias (...) causadas por influencias familiares o externas»: para ello deben «concientizar a los alumnos de los riesgos de discursos peligrosos que prodigan falsos remedios y consejos peligrosos en relación al COVID-19». Deben por tanto «luchar contra la desinformación, las noticias falsas, los rumores y las teorías conspirativas»; los docentes deben prestar «atención a los alumnos cuyos responsables legales [esto es, los padres] son adeptos de determinadas ideologías o creencias, reticentes o contrarios a las recomendaciones formuladas en materia de salud

58 *Ecouter la parole des élèves en retour de confinement COVID-19; COVID-19 et risques de dérives sectaires.*

pública». Los alumnos deben ser interrogados con «preguntas adaptadas» para reunir «elementos de prueba» y «un cúmulo de indicios». El plantel docente, «frente al riesgo de deriva sectaria, debe alertar a los servicios competentes con el fin de salvaguardar la integridad física y moral del menor (...) El correspondiente académico encargado de la prevención de fenómenos sectarios en el ámbito escolar debe ser informado sistemáticamente». Vale la pena recordar cuán idénticas son estas nuevas directivas a las que el mismo Ministerio envió a los maestros después de los ataques terroristas de 2015. Esto prueba, si todavía fuera necesario, que la intención es la misma, e idéntico es el uso del terrorismo y del virus.

Con estas precauciones el Ministerio de Educación pretende impedir «el descrédito de la palabra institucional», evitar la «fragilización del vínculo de la población con las instituciones públicas» y, finalmente, evitar la «pérdida de control de la opinión pública». El hecho de que el «control de la opinión pública» fuera una tarea del Ministerio es una novedad absoluta que ninguna democracia tradicional jamás se había asignado.

Mientras que Italia desea crear una Comisión Parlamentaria de Investigación sobre la desinformación acerca del virus, y ha creado un «grupo de tareas» encargado de formular propuestas legislativas para frenar la difusión de noticias falsas sobre el coronavirus, la Comisión Europea, por su parte, desea adoptar medidas para afrontar la desinformación, siempre sobre el virus y combatir contenidos «ilegales o perjudiciales». ¿Perjudiciales para quién?

La virulenta preocupación, la mala conciencia, y también la falsa conciencia, en el sentido de Josef Gabel, la histeria que emanan de cada palabra de estos *Ukaze*, la intención policial que los anima, el tono perentorio, apodíctico y malévolo, el miedo del Estado a ser, como en efecto lo es, desacreditado por sus propias acciones y mentiras, y el temor a «perder el control de la opinión pública», son todos elementos que sugieren un canallismo y un ensañamiento de las autoridades públicas contra las poblaciones,

incluso contra los niños, y desde la más temprana edad. El mundo, como diría Nietzsche, se ha «precipitado en un futuro que ya se está vengando»;⁵⁹ o, como formulaba Hannah Arendt, «todas las dificultades teóricas de la nueva visión del mundo (...) se inmiscuyen como realidades en el mundo cotidiano del hombre, y ponen su sentido común “natural” fuera de circulación...».⁶⁰

Para el Estado, para la OMS y para cualquier otro poder, por ende, está mal hablar mal del mal: lo que Maquiavelo había formulado hace cinco siglos como verdad teórica es ahora impuesto prácticamente y por ley por todos los poderes constituidos. ¿Pero por qué está mal hablar mal del mal? Maquiavelo lo explica con precisión: porque los poderosos dan a entender a los pueblos «que es bueno vivir bajo su obediencia y, si comenten un error, dejar que Dios los castigue: y así aquellos hacen lo peor que pueden porque no temen ese castigo que no ven y no creen».⁶¹

Dice Maquiavelo, aún todavía, que «cuando el destino hace que el pueblo no tenga fe en nadie, habiendo sido engañado en el pasado o por las cosas o por los hombres, se llega a la ruina de la necesidad».⁶²

Antes de que sea demasiado tarde, ¿no será hora de hacer mal al mal hablando mal del mal?

59 F. Nietzsche, *Mort parce que Bête*, Parc, 1998–2003.

60 Hannah Arendt, *La crisis de la cultura*.

61 Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Libro III.

62 Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Libro I.

ÍNDICE

- Prólogo* ..→ 7
Lazo Ediciones
- El coronavirus como
declaración de guerra* ..→ 13
Santiago López Petit
- Crisis sanitaria, crisis económica
y crisis social son una
única y misma cosa* ..→ 17
Carbure
- El Despotismo occidental* ..→ 21
Gianfranco Sanguinetti
- El Estado con mascarilla* ..→ 27
Miguel Amorós
- Contra la pandemia del Capital
¡Revolución social!* ..→ 33
Proletarios Internacionalistas
- Crisis capitalista, pandemia
y el programa de la revolución* ..→ 45
Vamos hacia la vida

Instauración del riesgo de extinción ..→ 53
Jacques Camatte

La salud como proceso.
Carta de una enfermera ..→ 79
familiar y comunitaria
Alba Campos Lizcano

Coronavirus y trabajo ..→ 87
Boletín La Oveja Negra

Sobre el contagio de los discursos.
No nos salvará la ciencia, ..→ 91
ni el Estado, ni el Capital
Biblioteca La Caldera

La capitulación impuesta
a las sociedades occidentales ..→ 97
del nuevo Despotismo
Gianfranco Sanguinetti

*Este libro ha sido finalizado
durante agosto de 2020
en Rosario, Argentina*

Desde la declaración de la pandemia del coronavirus y la instauración del confinamiento a nivel mundial, han circulado decenas y decenas de artículos de análisis y reflexión. Para esta compilación hemos seleccionado tan solo un puñado de textos con un denominador común: no se limitan a explicar la realidad, sino que buscan transformarla. Solo al margen de la agenda del orden, abordando desde una perspectiva radical el significado de la salud y la defensa de la vida, la crisis y la reestructuración del trabajo, la lucha y el control social, los discursos médicos y científicos, así como las implicancias a nivel subjetivo del contexto actual, es que podremos ir construyendo una visión de conjunto y enfrentar este particular momento que atravesamos en tantas regiones del mundo.



laZoo
ediciones

ISBN 978-987-46966-9-4

